

Relatos cortos

XXIII Certamen Literario
"Café Compás"

MEMORIAL RAFAEL MARTÍNEZ-SAGARRA

Parejas



2020

Relatos cortos
XXIII Certamen Literario "Café Compás"

© Los autores y Asociación Literaria y Cultural
"Café Compás" de Valladolid

Ilustraciones: Daniel Carrascal Platero

Imprime: Imprenta Manolete, S. L.
Pilar Miró, 1. 47008 Valladolid

Depósito Legal: DL VA 727-2020

Índice

Prólogo	7
<i>Antonio Largo Cabrerizo</i>	
Prólogo	9
<i>Consuelo Gallego Tabernero</i>	
Acta del Jurado	11
Pares sueltos	19
<i>Primer Premio. Ernesto Tubía Landeras</i>	
Pa.rejas	23
<i>Segundo Premio. Ángeles del Blanco Tejerina</i>	
"Nessun Dorma"	31
<i>Tercer Premio. Yolanda Gómez Gutierrez</i>	
El espécimen	39
<i>Finalista. Carlos García Valverde</i>	
Cara de pan	47
<i>Finalista. Ana López Delgado</i>	
Cabalgando a lomos del viento	53
<i>Finalista. José Luis Baño Vegas</i>	
Una pareja de órdago	61
<i>Finalista. Ana Belén Hernández González</i>	
La boca del león	69
<i>Finalista. Raquel Polo Graña</i>	
Adivinos del amor	79
<i>Finalista. José Ángel Casas Barrigón</i>	
Vivos sin dueño	87
<i>Finalista. Laly del Blanco Tejerina</i>	

El tema elegido este año 2020 por la Asociación Literaria y Cultural Café Compás refleja, quizás mejor que nunca, la especial relación que existe entre la Universidad de Valladolid y el certamen literario de relatos cortos que lleva el nombre de este emblemático café, un lugar de encuentro para conversar situado muy cerca, no solo físicamente, del Palacio de Santa Cruz.

Desde hace casi 20 años, entre nuestra Universidad y el café Compás se ha establecido una relación de *pareja*, como la de los protagonistas de estos cuentos, de necesaria convivencia, porque ni la universidad puede vivir de espaldas a la sociedad, ni ésta puede crecer sin las enseñanzas de aquella.

Fruto de esta larga relación han sido multitud de relatos cortos de extraordinaria calidad, primeras obras de escritores más tarde premiados en otros concursos literarios, también de gran prestigio, muchas de ellas ejemplo de la excelencia de los escritores nacidos en nuestra tierra castellana o de aquellos que se acercan a nuestra patria.

Como la de Stan y Ollie, la pareja que forman la Universidad de Valladolid y el Café Compás destila optimismo, tan necesario en estos duros momentos de pandemia e incertidumbre que nos ha tocado vivir. Si ha habido algo que nos ha permitido soportar el confinamiento y el dolor por la pérdida de nuestros seres queridos ha sido, precisamente, la literatura. Hemos podido viajar, amar, sentir a través de las páginas de un libro, gracias a las palabras de quienes se enfrentaron a un folio en blanco y superaron el vértigo de escribir una historia para otros. Muchas de esas grandes historias a veces se recogen en solo tres folios, la extensión limitada del certamen y la de la mayoría de los cuentos de los grandes maestros de este género.

Para mí, como Rector de la Universidad de Valladolid, es un honor apoyar, en nombre de la institución a la que represento, esta XXIII edición del certamen y prologar este libro, lleno de parejas, que se presenta bajo la imagen de dos personajes míticos que nos hacen sonreír, una forma de resistir en estos momentos difíciles.

Antonio Largo Cabrerizo

Rector de la Universidad de Valladolid

Llegamos ya a la vigésimo tercera edición del Premio Compás, Certamen Literario que se ha ido consolidando año tras año y que cuenta cada vez con más patrocinadores dispuestos a ayudar en el empeño de fomentar la escritura, y con más entusiasmo de los escritores y del público en general.

Cada año, son muchos los participantes que nos llegan desde todos los puntos de España y muchos países, pues su carácter internacional va ganando peso en cada edición. En esta convocatoria hemos recibido (402) relatos. Como miembro del Jurado, me veo obligada a hacer hincapié en la dificultad que encontramos siempre para elegir al relato ganador y finalistas, pues la calidad de muchos de ellos nos pone en aprietos a la hora de decidir cuáles van a tener la distinción de integrar el volumen que edita el Café Compás y que es ampliamente distribuido, por lo que son muchos los ojos que recorren las líneas de los relatos afortunados.

En esta ocasión el lema del Certamen ha sido "Parejas". Ya dijimos en la convocatoria que este término "parejas" iba referido no sólo a parejas tradicionales como matrimonios, amantes, amigos, compañeros..., sino que se abría a cualquier posibilidad de "parejas" que pudiera darse. Cuando el 4 de enero salía la convocatoria del Premio ¡qué poco sabíamos cuán bizarra iba a resultar la compañía o "pareja" que todos íbamos a tener!

Aunque ya pululaba tímidamente por ahí, poco a poco esta "pareja" fue tomando forma y, de repente, se metió con el mayor descaro en nuestras vidas y en nuestras casas sin haberla invitado. En este año del coronavirus todos hemos tenido a ese insolente y terrible COVID 19 como "pareja". Y nos ha condicionado la vida como no podíamos siquiera sospechar unos meses antes. Y además es pareja difícil de quitarse de encima porque amenaza con acompañarnos aún durante bastante tiempo. Y es pareja impositiva y totalitaria que ha conseguido, con una energía visible y aplastante, algo que no está al alcance de muchas parejas: el taparnos a todos la boca.

En este prólogo, no puedo sino dejar constancia de esta indeseada y aborrecible "pareja" que nos llena de horror y hartazgo y que incluso ha impedido a los vallisoletanos disfrutar de otra "pareja" mucho más entretenida y literaria, pero que, tal vez asustada por los celos de este monstruo pequeñísimo, aunque más poderoso, se difuminó y desapareció tal como llegó: el cocodrilo del Pisuerga, que hasta se dijo que venía del Nilo y que, entre memes de todo tipo, asombros y chascarrillos, también estuvo unos pocos días entre nosotros.

Para finalizar, quiero romper una lanza por una de las mejores características de este premio: la limpieza. Puedo asegurarles que el Premio Compás no tiene trampa ni cartón, cada miembro del Jurado elige con absoluta libertad los diez relatos que considera mejores. Luego, nuestro coordinador hace una lista con los elegidos por todos los Jurados y cada uno vuelve a releer todos, los que eligió él y los que anónimamente escogieron los demás, no vaya a ser que no haya sido consciente de la calidad de alguno que tal vez otro sí ha sido capaz de ver. Después de esta segunda ronda de lectura, cada miembro del Jurado califica de uno a diez una decena de los que considera mejores. Posteriormente, en la reunión final de todo el Jurado se suman las puntuaciones, recogiendo escrupulosamente los mejor puntuados, y se procede al premio y selección de finalistas. Podemos equivocarnos, somos humanos, pero la elección se hace con total transparencia y con todo el ánimo y deseo de acertar.

Ojalá les gusten los relatos que aparecen en este libro y quedamos a la espera de la edición vigésimo cuarta, en la que confiamos y deseamos habernos "divorciado", ¡por fin!, de nuestra odiosa "pareja" actual, el detestable, pesadísimo y microscópico coronavirus.

Consuelo Gallego Tabernero
Presidenta del Jurado

Acta del Jurado

Valladolid, 16 de julio de 2020

Reunido el Jurado del XXIII Certamen Literario de Relatos Cortos *Café Compás de Valladolid – Memorial Rafael Martínez-Sagarra*, presidido por D^a Consuelo Gallego y habiendo participado en las deliberaciones los miembros que a continuación se indican:

Marisi Lázaro
Mercedes Martín
Javier Rey de Sola
Yolanda Paniagua
Laurentino Dueñas
Felipe de la Fuente
Paula Vielba
Rayén Matús
Araceli Arnáez.

Actuando como Secretario Óscar Domínguez.

Tras las deliberaciones oportunas y efectuado el recuento de las puntuaciones, el Jurado ha acordado conceder los siguientes premios:

Primer Premio

Pares sueltos Ernesto Tubía Landeras

Primer Accésit:

Pa.rejas Ángeles del Blanco Tejerina

Segundo Accésit:

Nessun dorma Yolanda Gómez Gutiérrez

Finalistas

Espécimen

Carlos García Valverde

Cara de pan

Rafael Gavilán Rueda

Cabalgando a lomos del viento

José Luis Baños Vega

Una pareja de órdago

Ana Belén Hernández González

La boca del león

Raquel Polo Graña

Adivinos del amor

José Ángel Casas Barrigón

Vivos sin dueños

Laly del Blanco Tejerina

Dada lectura a la presente acta, la firman los asistentes, de lo que doy fe.



"Tip y Coll"

Pares sueltos

Ernesto TUBÍA LANDERAS

A Mariola, mi par.

Desde que unieron mi vida a Zurdo en la fábrica textil de Arnedo, mi devenir como pareja monógama fue, única y exclusivamente, para disfrutar de la compañía del calcetín izquierdo que, cómo no, compartía conmigo todos y cada uno de mis pasos.

Éramos dos calcetines de deporte de un blanco níveo, con dos rayas horizontales rojas en la parte superior y, bajo ellas, el dibujo de unas raquetas cruzadas que indicaban el lado del calcetín que debía quedar en la parte distal de la pierna y, por ende, qué calcetín correspondía a cada pie. Tras un fugaz paso por la mercería de doña Anatola fuimos vendidos como parco regalo de reyes, junto a unos calzoncillos aún más sobrios, de una tía a su sobrino, que nos recibió con un fingido regocijo que sirvió, al menos, para que la rúcana hermana de su madre cumpliera con el expediente navideño.

Así, en apenas un par de meses de vida, Zurdo y yo pasamos a formar parte de la vida deportiva de Carlos Vidal Gil, un joven de veintidós años, estudiante de medicina, que dedicaba el fin de semana y los jueves por la tarde a la práctica de baloncesto, horas en las que Zurdo y yo éramos indispensables. Corríamos de un lado a otro de la pista, nos elevábamos del suelo como si poseyéramos la capacidad de volar, acelerábamos y frenábamos con la misma precisión que un vehículo a motor. Huelga decir, bien cierto que es, que el pago por disfrutar de la pasión de Carlos era recibir y acaparar una humedad con un característico y no demasiado amable aroma, que una vez

llegábamos a casa, tras la ducha de Carlos en el vestuario, nos convertía, tanto a Zurdo como a mí, en los elementos más apestosos de la bolsa de deporte.

A partir de ese momento, empero, cuando Elisa, su madre, nos sacaba de la bolsa sujetándonos apenas con dos dedos, haciendo pinza, llegaba el mejor momento, que no era otro que disfrutar del lavado a cuarenta grados, jabonado y posterior centrifugado, que si bien no nos devolvía al blanco nuclear que tuvimos antes de ser estrenados, sí que nos distinguía como unas prendas de calidad, cálidas y acogedoras. Allí, sumergidos en el ingobernable vaivén de la ropa blanca con la que compartíamos ciclo, bailábamos con las camisetas de algodón, nos acurrucábamos entre los embozos de las sábanas de franela, incluso, no nos engañemos, éramos propensos a ciertos escarceos ríjidos con la ropa interior de su hermana Irene, arrebujándonos con las tiras de sus sujetadores al cobijo del relleno de su copa noventa y cinco. Era, en esos desordenados instantes, cuando más separados estábamos el uno del otro. Pero, tras el baño en el que recuperábamos buena parte de nuestro esplendor, llegaba un momento mágico como no había otro.

Carlos vivía junto a sus padres en la última planta de un edificio en el centro de la ciudad. Por lo que el tendedero en el que nos secábamos al sol en los meses amables y con la virulencia del viento gélido en los fríos, estaba ubicado en la azotea, desde donde podíamos otear, no solo los techos y el crecimiento de la ciudad, sino el horizonte por donde asomaba cada amanecer el sol, alumbrándonos ahí, prendidos el uno junto al otro, fijados al cordel por dos fiables pinzas de madera que jamás cedieron al envite del viento. ¿Acaso hay mejor regalo a la vida que contemplar un amanecer tras otro junto a tu pareja? No lo creo.

Quién nos iba a decir que tras uno de esos lavados, que nos reconfortaban y divertían a partes iguales, llegaría el

momento que ninguno de los dos quería vivir, que jamás nos planteamos, que destruyó todo cuanto habíamos sido.

Aquel atardecer de junio, tras el centrifugado que nos eliminaba parte de la humedad acaparada en el ciclo de lavado, fui el último en ser recogido del fondo del valde de plástico donde Elisa nos dejaba caer y del que nos iba sacando, uno a uno, para ir colocándonos en las cuerdas del tendedero. No era la primera vez que ocurría. Normalmente colocaba primero las prendas más gruesas, las que ocupaban mayor espacio en las cuerdas, confinándonos a los más pequeños a agolparnos en las esquinas junto a los perfiles metálicos o estrujados entre prendas de abrigo. Sin embargo, aquel día, cuando la delicadas y suaves manos de Elisa, que emanaban un amable aroma a jabón, recogieron unos slips blancos, tan solo yo quedé en el fondo del cubo. Solo. Más solo de lo que nunca me había encontrado.

Recuerdo la cara de Elisa mirándome como si contemplase un objeto extraño, uno que es la primera vez que se observa, o que se descubre después de un tiempo sin verlo. Alternaba la mirada, ora hacia mí, ora hacia la escalera que ascendía hasta la terraza, como si Zurdo fuera a llegar brincando. Después, se encogió de hombros, me recogió y me abandonó colgando de una pinza de plástico en una esquina del cordel. Era la primera vez durante mi existencia en la que me tendían sin Zurdo, había dejado de ser par. Ni siquiera un amanecer hermoso como pocos, al desprentarse un nuevo día, pudo extraerme del terror que me atenazaba las costuras y cimbraba las raquetas cruzadas.

Esperaba, no obstante, un guiño del destino, que Zurdo se hubiera caído por el camino o escondido dentro del tambor de la lavadora, pero eso no ocurrió. Cuando Elisa recogió el tendedero, tras regresar a casa me condenó al lugar del que muchos hablaban y que todos temíamos llegar a conocer, y que no era otro que el cajón de los pares sueltos.

Aquel era un lugar lóbrego, inhóspito, donde moraba todo aquello que por circunstancias diversas había quedado obsoleto, aunque en la mayor parte de los casos se trataba de parejas disueltas. Allí, mientras rumiaba mi desconsuelo junto a una radio con el vientre sulfatado por unas pilas defectuosas, me sorprendí al reencontrarme con la mitad de algunas parejas a las que había echado de menos en el armario ropero. Un guante de lana negro, que tan solo pasaba con nosotros los tres meses más fríos del año y que resultaba un tipo cálido y grueso. Una zapatilla de bebé con los colores deslavados, que debió pertenecer a Carlos cuando era un niño y que seguramente solo conservaban por la nostalgia de aquellas pataletas pretéritas, cuando no quería regresar a casa desde el parque y donde, sin duda, se perdió el otro par. También una media negra y sedosa, que añoraba cuando las manos de Ginés, el marido de Elisa, la deslizaba con calma y una ansiedad comedida por los muslos de su esposa, para después dejarla caer a los pies de un agitado lecho. Incluso, en un recodo del cajón de pares sueltos, dormitaba un gemelo que, impar y triste, incluso había perdido el brillo y la gallardía de otrora, cuando lucía reluciente junto a su pareja, en las muñecas de Ginés los días de guardar y en alguna boda.

En ocasiones, pocas, la tapa se abría y uno de nosotros era rescatado porque había aparecido su pareja, como cuando el guante de lana al hacer un nuevo cambio de temporada regresó al cajón de la ropa de invierno junto a esos eternos y sudados solteros, como son los gorros de lana. Pero para mí pasaban los meses y la soledad se hacía fuerte, como un invierno perpetuo. Hasta que, al fin, un día al abrirse la tapa de la caja, los dedos de Elisa me atraparón y me sacaron de ella, uniéndome, como antaño, a Zurdo.

Su aspecto era horrible, deshilachado, renegrido, roto a la altura del talón. Elisa farfullaba algo sobre el tiempo

que debía haber pasado incrustado entre el tambor metálico y la ranura del desagüe de la lavadora y su completa inutilidad en ese estado. Nos recogió estirándonos a la par e hizo un nudo con ambos a la altura de los tobillos, que nos dejó tal y como siempre habíamos querido estar, unidos, sintiéndonos el uno tan cerca al otro, que nuestras fibras casi parecían entremezclarse para crear una prenda nueva. Después, sin dilación, abrió la basura y nos dejó caer al interior, sobre un lecho húmedo de restos de brócoli. Cerró la tapa y la oscuridad se cernió sobre nosotros, con más incertidumbre que nunca. Sin embargo, a pesar del angosto espacio y del horrible olor a inmundicias, no me había sentido tan dichoso desde aquel centrifugado que nos había separado, convirtiéndome en uno de esos tipos hastiados que los modernos denominan como *singles*. Poco importaba a qué contenedor nos arrojaran, cómo nos tratasen en las líneas de selección de residuos o si finalmente nos incineraban. Cuando has aprendido a caminar, correr y saltar junto a alguien, lo único que deseas es que el fin también te alcance junto a él. Bien seas Romeo y Julieta, don Juan y doña Inés o un par de calcetines deportivos, con rayas horizontales y un par de raquetas cruzadas.



"Clérigos"

Pa.rejas.

Ángeles *DEL BLANCO TEJERINA*

Es día de partida. El primer rayo de luz que atraviesa el cristal choca contra el pecho izquierdo de Suny. Pecho joven, erguido y mulato, pura miel para la boca y las manos que le disfrutaron durante la noche y ahora le observan. La joven está desnuda, inmóvil, tumbada sobre la cama con las manos bajo la nuca. Parece una diosa africana con el pelo decolorado y rapado al dos, pelo blanco sobre piel negra, mirada ausente y dos lágrimas serpenteando mejilla abajo, bien podría ser el estribillo de una canción triste si alguien dibujara un pentagrama sobre ella.

Suny nació indómita y hermosa. Atropellada y libre desde edad temprana, o tal vez fue abandono disfrazado de libertad, tragó la niñez sin masticar, trotó la adolescencia sin bridas y al estrenar la veintena bordeaba el filo del abismo como un funambulista ciego. Cambió de continente del brazo de un hombre que le susurraba “nena” al oído mientras arrancaba sus bragas sin miramientos en los baños del aeropuerto. Su calendario no marcaba días, sólo madrugadas confusas tras horas de excesos, neón, vasos rotos y drogas. Derramó la juventud en suelos de discoteca, entre luces y vértigos, se abrían puertas de hotel y taxi a su paso y se dejaba amasar por dedos sin nombre y rostros ocultos tras una billetera. Hasta que perdió pie y tocó realidad. No recuerda si era mayo o era noche cuando esto ocurrió, tampoco sabe quiénes eran los supuestos amigos, sombras borrosas que se desvanecieron con la última raya de luz y cocaína dejándola sola con un arma en la mano, veneno en la sangre y restos de semen resbalando sus muslos, sin coartada ni salida, en un país y un idioma

que no era el suyo. En realidad, Suny nunca ha tenido nada suyo.

Desde entonces comparte espacio y oxígeno con Maruja, provisional compañera de vida, que se acerca y cubre el cuerpo de la joven con una manta y un abrazo. Adosada a su espalda balancea la tristeza de la inminente despedida al ritmo de la gota del grifo que no cierra. Suny gira el cuerpo y se ofrecen la boca y el alma en un intercambio de desesperación salada. Se supone que es un día alegre, pero a veces se viven, reviven y manosean tanto los deseos que cuando se cumplen ya tienen las esquinas gastadas. La mochila abierta en el suelo espera lo poco que merece la pena llevarse: Tres cartas, una foto pegada en la pared con celofán en la que ambas sonríen a la cámara y los cuadernos escritos en horas difíciles de recordar, de tan oscuras o brillantes, porque sólo los extremos anímicos traen demonios a su cabeza y letras a sus dedos.

Maruja es gorda y huele mal, desprende el hedor de la vida estancada y los sueños muertos. Ha acumulado grasa, paciencia y ternura suficiente para ofrecer a la joven el afecto que ninguna de las dos ha tenido, y la pasión de quien ama a cambio de nada. Pura supervivencia. Suny es la última oportunidad para creer en la vida, con ella rellena la brecha que atraviesa su corazón y su vientre, la que dejó el hijo roto en plena gestación, porque al macarra de turno le venía mal ensuciar su apellido. Agradece al diablo que haya cruzado a la joven en su camino porque cuidar de ella es lo único decente que recuerda haber hecho. La protege de miradas y tactos hambrientos, amortigua huracanes y batallas campales, recoge babas, insultos y vómitos, amansa a las bestias que habitan sus noches, y cuando los temblores de la abstinencia son insoportables, atusa su cabello, besa y reza. A Satán.

Suny intenta nacer cada día en ese un mundo ordenado y estricto, el parto es doloroso porque su cuerpo está ávido

de sustancias y ruidos. Cuesta acatar órdenes, aprender a levantarse, ducharse, vestirse de monotonía y esperar. Esperar al sol y a la luna, a la comida, a los paseos y los ejercicios pautados, a desgastar horas que se alargan, a vivir y morir con horarios. Aprendiz de todo agradece que alguien seque su espalda cada mañana y ejerza de brava amante nocturna, recibiendo y regalando caricias desconocidas para ella. Es agradable dejarse acunar cuando nunca mecieron tu infancia, aunque sea la mano de una mujer de mirada áspera y alma hecha añicos. Se pregunta en qué punto de su enorme cuerpo esconde la dulzura que derrocha con ella. Su existencia es un inmenso interrogante rojo, una dirección prohibida, tal vez nunca fue bebé ni tuvo cuna, tal vez la engendró la violencia y no un arrebató amoroso, todo eso se pregunta y responde la joven en sus noches sin sueño, mientras custodia la respiración agitada de Maruja.

Cada despertar, Suny se viste de docilidad, disimula, respira, rabia y asiste al taller de peluquería por la mañana y al de escritura por la tarde. Practica mansedumbre y sosiego. Día a día, mes a mes, suelta la muda de espinas y se tapiza de fingida sumisión aunque las púas crezcan hacia dentro y a veces pinchen. Se las clava apretando dientes, recoge las canicas que rebotan por su cabeza, corta pelo, tiñe, escucha, calla, lee, escribe, a veces se esconde y llora, pasea, ordena, ordena, ordena ideas y las escasas pertenencias porque el espacio físico y mental es mínimo. A su alrededor todo es feo, los muebles y la comida son grises, hay mugre, grietas, desconchones y huele a rancio, pero Maruja abraza, sosiega y todo lo envuelve con una pátina blanda que amortigua. Tras los horarios y la actividad impuesta llega las horas flojas revestidas de desgana, entonces Suny se rinde y desploma en la cama, mirando a un punto fijo del techo buscando mares y nubes azules donde solo habitan manchas amarillentas, hasta que Maruja

pierde los nervios y grita: “¡Levántate de ahí y escribe, niña, escribe! Mata esa víbora que te está creciendo dentro antes de que te envenene el alma, tienes que hacer algo por tu vida que “pa” desgraciada ya estoy yo...”

El primer día, el siguiente y varios cuadernos después Suny sangra tinta sobre el papel: “Esto es una puta mierda y necesito un chute de algo”. Lo repite una y mil veces para desgastar la necesidad y las palabras, hasta que un día brotan frases nuevas, incoherentes, preguntas, recuerdos desdibujados que mete en un sobre y envía a la dirección de su infancia, la única que recuerda, con el íntimo deseo de que al otro lado del mar los buzones estén sellados y nadie lea sus delirios. Pero los deseos de Suny jamás se han cumplido y este no iba a ser la excepción, un mes después tiene respuesta, es la primera carta de su vida y de su madre. Ni siquiera conoce su letra, suponiendo que sepa escribir y sea la autora de aquellos párrafos desordenados. Las dos dicen disfrutar de una existencia maravillosa, un buen trabajo y un hombre que las cuida. Las dos fingen creer a la otra sin saber si son imagen o espejo. Cansadas de leerse entre líneas y saberse hundidas en el mismo barrizal, estiran la correspondencia hasta que se rompe, tras la tercera carta vuelven a cortar el cordón umbilical, y al igual que en el anterior nacimiento no hubo cariños, ni amagos de ternura, sólo sensación de fracaso compartido.

Suny debe despedirse de Maruja y no sabe cómo afrontar la liturgia del adiós. Convivir con ella ha sido un brebaje, a veces dulce, a veces amargo pero siempre eficaz. Ha sobrevivido a tres años de cárcel gracias a ella, al sucedáneo materno, a la generosidad de una mujer sin futuro que lucha por el suyo. Ella sabe que vivir sin pensar ni tomar decisiones ha sido un oasis vital que ha desfigurado la realidad exterior, donde suceden las cosas y habitan alimañas, hoy tiene que volver a la intemperie, a los semáfo-

ros en rojo, las jeringuillas cargadas y a un futuro incierto. Maruja busca la mano mulata bajo la manta que las cubre y coloca en su muñeca una pulsera. — La he trenzado para ti, preciosa Venus, “pa” algo tienen que servir estos putos talleres— ata los hilos alrededor de la muñeca con una calma infinita, alargando el momento, como quien ata promesas verdes, deseos rojos, súplicas blancas, consejos multicolores... sin levantar la vista para evitar que tropiece lágrima con lágrima, después huye al patio a gritar la herida que ya duele. Otra más. Ella que había domado memoria y pulsiones, que había encallecido el alma, siente un desgarramiento desconocido que sospecha tiene que ver con el amor, nunca debió ceder a ese fuego que todo lo arrasa, no debió sucumbir a las emociones. Ahora que había conseguido un simulacro de hija, de pareja, con rutinas y besos, palabras y silencios, ahora que tenía un motivo para despertar, va la maldita asistente social, el celador, el psicólogo, el director y toda esa gentuza uniformada y colocan alas a su niña, empujándola hacia una libertad herida de muerte, porque de sobra sabe Maruja que no está preparada para volar. Debería alegrarse pero no puede, sus días ya están mutilados y las noches huecas, su cuerpo volverá a recorrer pasillos y celdas como un perro hambriento buscando a quien entregar la rabia y el cuerpo, alguien que lime el dolor y cubra la ausencia.

Suny saca de la mochila la fotografía y apenas se reconoce en esos labios tan rojos y sonrientes, ni siquiera recuerda cómo y de qué se reían, todo eso piensa mientras garabatea unas líneas al dorso de la foto y la deposita sobre la almohada de Maruja. Recoge la documentación: D.N.I., cartilla del seguro, historial médico donde hablan de trastornos, ira, inestabilidad emocional, impulsividad, de pronto todo solucionado por obra y gracia de una ayuda inexistente, de mucha teoría y ninguna empatía. Recoge los cuadernos, diplomas de talleres: Peluquería, macramé,

escritura creativa... Y el papel donde dice que es libre aunque ella sienta lo contrario, porque tras numerosos programas para incentivar emociones positivas, palabrería, canalizar la energía, humo, la buena conducta y la cooperación, mierda y más mierda, inclusión, exclusión, reinserción, más humo... pero nadie le ha enseñado a ser libre, porque sólo el abrazo y la palabra de Maruja la libera. El pasillo y el miedo son interminables, el pelo corto, los pasos lentos e inseguros. Las puertas se van abriendo a su paso, dejando atrás muros, cámaras, cerraduras, más puertas, detectores de movimiento, Suny no quiere mirar a los ojos que sabe la observan, ni al celador que pulsa el último botón. Cruza el cristal frontera con la libertad. Demasiado sol, excesiva luz, no ve nada, ni a nadie. Está sola. Está niña. Niña mala. Mala. Desea retroceder, volver al otro lado de la reja, al olor a berza hervida, a la rutina, al micro mundo creado en una celda compartida, lo más parecido a un hogar que ha tenido en sus 24 años. Un frío polar recorre sus entrañas y se tranquiliza repitiéndose el mensaje que acaba escribir en el dorso de una fotografía: “Volveré pronto a tu abrazo Maruja, no es época de muda.



"Payasos"

“NESSUN DORMA”

Yolanda GÓMEZ GUTIÉRREZ

Acontecimientos la mar de penosos han dirigido mi vida a la observación de mis semejantes, con sobresalto por mi parte y perplejidad por la suya. Comenzó al nacer, plebeya, sobre la mesa de la cocina. “Correr es de cobardes” dijo el practicante, levantando una ceja, tras ser arrancado de una partida de mus y abandonando unos pares aparentes, por mis tíos, estibadores portuarios, para que ayudara en el parto. Cuando él llegó, mamá me tejía. “Tanta leche para esto”, sentenció el sanitario, refiriéndose a mi tamaño reducido y de aspecto penoso.

La situación no ha mejorado con los años dando lugar a un sucinto ejemplar de mujer de bolsillo. Intenté compensarlo expresando mis sentimientos con timbres de voz ascendentes y la terquedad de un piquete sindical. En mi infancia, no tan lejana como algunas difunden, encaramada en una banqueta peroraba hasta que mis parientes, seres primarios, me desplazaban con la escoba de brezo. A edad tierna escuchaba las plegarias de amá y tías para que fuera mermando mi impulso comunicador. O que, opcionalmente, se las dotara de una sordera bilateral razonable. Situaciones que menoscabaron mi autoestima de bebida en crecimiento, pero no mis dotes oratorias, que se empecinaron.

Decidieron que el disfrute de mi presencia recayera en senos mercenarios, con la contratación de cuidadores que solían colocarme los auriculares de la música con no poca dificultad en las orejas, fijándolos, con mejor intención

que fortuna con un perímetro de esparadrapo desde el occipucio al tabique nasal. Objetivo: silencio que les permitiese, en ejercicio de introspección, desnucarse en el sofá.

Sus desvelos ocasionaron cierto efecto ojos/huevo duro que aún perdura y afición por la percusión con cucharas sobre elementos de la mampostería, que aún me tienta.

Tras renunciar Vanessa a mi cuidado, mis padres apelaron a la ayuda de los servicios municipales, amenazando con la inmolación de los Topillo-Martín, a cuya fecundidad se deben no pocas pedanías de nuestra tierra. Es preguntar por un Topillo y encontrar techo. Y como dijo amá al señor alcalde, con el pañuelo hecho un rejujo: “Un Topillo, un voto”.

Se ha comentado sobre el carácter montaraz de algunos funcionarios dedicados a la educación. Comprendo el deterioro que puede provocar la custodia de seres tensos como yo. No fue el caso de Fausto. Apareció en el despacho del centro, en rumbo de colisión con la maceta que ornamentaba la mesa sobre la cual se desplomó en apocalipsis de carpetas, arrancando los junquillos de la puerta.

“Aquí estamos” comunicó, por si habíamos pasado por alto su advenimiento, asomando su faz entre dos palmas de la sufrida kentia. Tenía una expresión de asombro, enmarcada por la ceja que alfombraba el espacio entre ambos ojos. Mi corazón (esa víscera que según algunas víboras sustituye en mi pecho una caja registradora) reconoció, enroscada pero indómita, un alma afín tras los ojos (verdes como la albahaca, y el verde/verde limón) de Fausto. Era enorme.

Descubrí en él una disposición natural para la escucha y un callar insigne. Su expresión de asombro, no por conocida, resultaba menos encantadora. En un momento de la conversación, un velo caía sobre sus párpados y dejaba

que el piloto automático tomara las riendas. Me confesó que admiraba mi pasión. “Yo la tuve. Fui árbol” me dijo. En la función infantil del colegio. Fui un árbol apasionado y lleno de convicción. Pero mi interpretación arbórea no fue apreciada. Los aplausos se los llevó Gonza Lomas que interpretaba (aún lo sigue haciendo desde la política) al fantasma. Llevaba como espina enroscada esta y otras afrentas.

De su etapa arborícola le quedó querencia por el cosplay. Acostumbraba a encarnar en su persona elementos de vestuario, maquillaje, complementos, que le permitían convertirse en un personaje fantástico. En Japón, es una costumbre animar con su presencia las calles y son especialmente requeridos en bares y congresos. Fausto aprovechaba los ratos libres gestionando pliegos de burbujas de plástico para embalajes. A diferencia del resto que las explotamos viciosamente (¿Ud. también?) él se las ceñía al torso y extremidades con cinta adhesiva. Cromadas en azul permiten a un funcionario convertirse en mutante. Concretando, Mística, de la saga X Men.

Jamás me indicó que le era ingrata mi naturaleza de domadora de palabras. Pasé la adolescencia envuelta en un velo violáceo, como la sombra de ojos que dejó de usar amita cuando se le quedaron ojeras de mapache, como la bandera de nuestra Comunidad, como el hematoma que me ocasionó atravesar la puerta de cristal de su despacho una mañana en que creí que estaba abierta.

Un velo que me cobijó varios años escolares, por más que se susurré sobre cierta profesora con trastorno de ansiedad. No me impliqué en la plaga de cucaracha autóctona que infestó el centro, por más que este artrópodo siempre ejerció fascinación sobre mí. Nada cierto sobre la introducción de un robusto escarabajo cornudo en el portafolios de una maestra pusilánime.

Tras graduarme, decidí entrenar mi músculo más contundente (la bífida) para labrarme un futuro. Me matriculé simultáneamente en Derecho y Ciencias Políticas, en una universidad lejana. Costearon los gastos familiares y vecinos, incluso el coro parroquial participó, en solidaria emoción. Regresaba cuando podía y compartía con Fausto tardes y té matcha. Le cosía escudos para sus trajes, cuernos para sus atavíos y respuntes a sus capas (la distancia de aquí a Logroño). Bordaba sus petos de batalla. Le confesé que salía con especímenes que lucían cinturones de cabra macho, todólogos, rapaces fornidísimos. Hombres que frente a la televisión, lo más sensato que decían en una tarde era: “Métela, mamón, métela”. Y se referían a la pelota de fútbol.

Ambos nadamos en un mar de hormonas. Cada uno en el suyo. Buscamos el amor, por el método clásico. Hicimos senderismo, pernoctamos en bares y nos pelamos los dedos con el Tinder. Supimos que avanzar en una relación es como abrirse paso a machetazos en la jungla. Y que, cierto período en la vida del humano, puede incluir echarse al hombro todo lo que anda, vuela o salta.

El día que ingresó en el hospital me dirigí a visitarlo a la caída de la tarde. Me recibió con alegría. Sus ojos destellando en una cara que limitaba con pelos en todo su contorno. Y que, cuando se alzaron sobre su metro noventa y uno, para achucharme, dejando los míos a la altura de su epigastrio, se me antojaron faros de perdición muy razonables para naufragar. Driblé durante dos semanas los gemidos de sus compañeros de la 127. Susurrábamos hasta el amanecer. La última noche sus compañeros me indicaron que estaba en el lavabo. Inocentemente llamé y me invitó a pasar.

Salí gritando por el pasillo. Nada te prepara para algo tan enorme.

Súbito me interceptó una enfermera con las manos en las caderas y cara de estar expulsando una piedra del riñón. ¿Sabía yo que era la sala de partos?

Esas alas membranosas brillando en la oscuridad sobre la taza del inodoro. Solo quería enseñarme su versión de primer dragón de la rubia de JdT. Tan tierno.

Una cosa lleva a otra. Cuando caminamos le hablo como si fuera sordo, él me sonrío, estoy segura de que le cuesta distinguirme entre las rayas de los pasos de cebra. En el cine nos sentamos detrás, con otras parejas de altos y amables.

Opositamos para ser feliz pareja de cohecho en un apartamento ideal de las dimensiones de un sello de correos. Ahora suelto las palabras durante el día, nada más. Por las noches las recojo en su jaula, justo detrás de la lengua. Allí se quedan disciplinadamente, cogiendo fuerzas. Y me limito al roce. Si se reúne con cosplayers yo ejerzo de complemento. He sido elfa de Rivendell, llavero de vikingo y bichito de Aquaman. Sonrío como coneja en el autobús y en el bar libo cerveza sin rubor. Adoro confundirme con el decorado.

Me pongo mascarilla de aguacate para cuidar mi piel. Si él la unta en pan y la disfruta ¿debo impedirselo? Encuentro salvaslip como plantillas en sus deportivas. Es apasionado, tendré que sustituir los botones de la ropa por velcro. Él se retira la suya como serpiente, dragón o sireno mudando de piel y pasa toreramente por encima, ignorándola en el suelo.

Sigo con la flauta. Ocasionalmente algún vecino se persona demandando “que pase el Cóndor de una puta vez”. Somos felices. Nos cuesta separarnos cuando me lleva al trabajo (pilota como un ninja) y hacemos juntos el Carrefour. Cuando le digo “compra mayonesa”, noto como mis palabras entran por su oreja izquierda. Antes de que

penetren en su cerebro, una pequeña protuberancia, ¡ping! las hace rebotar. Es el desviador de la atención. No me importa si es una anomalía del universo. A Fausto le veo ideal, tirando a perfecto.

Rebulle en este momento en la cocina trajinando spaghetti. Cocina para 123.000 y al terminar la cocina luce como coliseo en hora del bocadillo de los gladiadores. Pero lo que hace con los cachopos no tiene nombre. Mientras, servidora, apagada su voz por una molesta faringitis, escribe nuestra historia para el certamen del Café Compás.



"Campesina y Campesino"

Finalista

El Espécimen

Carlos GARCÍA VALVERDE

Estos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros.
Groucho Marx

Se sabía especial, único; el último y genuino representante de una raza a punto de extinguirse. Se consideraba, por tanto, íntimamente responsable de tal declive, no como individuo, pues poco o nada había podido hacer él para evitar la debacle, sino como espécimen, como residual miembro de su casta. Eso acarreaba un enorme compromiso: en sus manos y sólo en ellas se hallaba la posible aunque ardua solución que evitara finalmente la desaparición de toda una etnia, de un linaje rancio, ancestral, cuyo origen se perdía en la espesa bruma de los tiempos.

Su raza, su tribu, había medrado en una tierra inhóspita para los foráneos, pero agradecida y generosa para con aquellos que veían la luz primera en aquellos valles afelpados de verde, entre aquellas montañas graníticas que lo mismo disuadían a posibles e indeseables invasores que desanimaban a viajeros y comerciantes, a la vez que protegían a los indígenas que vivían bajo su cobijo. Este aislamiento secular, lejos de ser pernicioso, sumió a los pobladores de aquella región ignota en una vida apacible y mansa, un discurrir tranquilo y benéfico por el tiempo, fuera de preocupaciones mundanas y sin otras aspiraciones que fueran más allá del sustento diario o de su propia perpetuación. El resto del mundo parecía ignorar la existencia de aquella ralea casi insignificante, apenas una sombra insinuada en planisferios rudimentarios, un espacio innominado en los mapas antiguos. Todo ello había propiciado que menudearan las leyendas acerca de aquella tierra in-

abordable: se la suponía habitada por cíclopes, por colosos, semidioses con poderes sobrenaturales, criaturas mitológicas y monstruos infernales. En lo que podríamos calificar como justa compensación, los bucólicos moradores de aquellas vaguadas perdidas barruntaban que, allende las cumbres que amurallaban su hábitat, el mal imperaba en el mundo; los más ancianos de la cabila se encargaban de inculcar en las nuevas generaciones el temor irracional a lo desconocido, poblando sus mentes de atrocidades, perversiones y aberraciones sin par que campaban al otro lado de las serranías circundantes. Ellos eran los elegidos, la raza suprema, los celosos guardianes del orden, el último baluarte contra el caos.

Pero el mundo evolucionaba, avanzaba hacia un nuevo equilibrio, una nueva manera de entender las relaciones, las conexiones. Nuevas ligazones, nuevos vínculos entre los clanes amenazaban la aislada solitud de los pueblos que, como el de nuestro hombre, aún se empecinaban en encallarse en costumbres ancestrales, heredadas, manoseadas por miles de anteriores depositarios. Nuevos descubrimientos científicos y modernos hábitos de convivencia estaban achicando las fronteras, acabando con la voluntaria reclusión de comunidades antes hostiles y ahora cercanas y amigables.

Su alcurnia no se vio libre de este imparable proceso: en un tiempo relativamente breve se impuso el flujo humano que ya no habría de tener freno. Sus parajes se vieron así hollados por otras estirpes que trajeron consigo novedosos modos de entender y desarrollar la vida. Ofuscados, enceguecidos por el oropel y el relumbrón ajenos, los otrora sosegados habitantes de aquellas cuencas antes inexploradas se lanzaron al mundo en un éxodo alocado, ávidos de conocer otros territorios, de participar de aquella revolución social que estaba derribando muros por do-

quier, unificando modos de pensamiento y comprensión a nivel global. Pronto, muy pronto, aquellos valles dejaron de diferenciarse de los páramos, de las estepas, de los desiertos o de los humedales adyacentes.

El mestizaje era un error, pensaba nuestro hombre, un tremendo error contra natura. Si los dioses, el cosmos o lo que fuera que gobernase todo esto hubieran querido tal mezcolanza, no habrían planificado tan exuberante diversidad sobre la tierra, no habrían establecido tan concienzudamente diferencias, a menudo extremas, entre los seres vivientes que alentaban en el planeta. En la pluralidad y la complejidad de los entes estaba la grandeza de la creación, ¿quién era el hombre para alterar a su antojo ese equilibrio, ese encaje sutil donde todo tenía su lugar y su función? ¿Cuántos millones de años habían sido necesarios para llegar a esa perfección, esa armonía, esa consonancia? ¿Cómo arrogarse ahora el derecho de mixturar todo? ¿En qué ofuscado momento se perdió el norte, se decidió interrumpir la evolución natural, se ultrajó la voluntad divina, se dislocó el orden universal?

Había que hacer algo, y pronto. Se miró al espejo y éste le devolvió la imagen de un hombre puro, incontaminado, con unos rasgos privativos e identificables de forma inequívoca con su abolengo: la frente prominente y despejada, las cejas hirsutas que cobijaban unos ojos pequeños y sagaces, la nariz imponente, el mentón decidido, de aspecto marcadamente viril... Los rasgos inconfundibles que definían a su pueblo, a su gente, los atributos que había reconocido en cada pariente, en cada vecino, que le habían reafirmado como individuo dentro de su colectivo y que le habían conferido seguridad y confianza, paz, bienestar y cobijo bajo el manto cálido y maternal de la tribu. Pero ahora, los miembros de su clan estaban desperdigados, mezclados con otras razas, degenerados, envilecidos y co-

rruptos por mor de aquella impura amalgama de sangres que estaba pudriendo al género humano, que estaba demoliendo las singularidades, enterrando las idiosincrasias.

Decía Darwin: “yo no soy apto para seguir ciegamente el ejemplo de otros hombres”. Ése era su caso: no estaba dispuesto a ser una oveja más dentro del rebaño, a seguir mansamente el mal ejemplo de aquellos a los que había creído sus semejantes. Pero ¿qué acción emprender? La regeneración de su linaje parecía tarea imposible, pues todos los sujetos del mismo se hallaban ya inmersos en aquel aciago e inmisericorde crisol de razas que estaba diluyendo todo en una especie de sopa insulsa e impersonal.

¿Imposible? No, todavía quedaba lugar para la esperanza, aunque ésta fuera remota. Por cauces que no vienen al caso, nuestro varón conoció la pervivencia de una hembra de su clan, una mujer que, contra todo pronóstico, había permanecido, como él mismo, ajena a toda esa vorágine de mixturas y claudicaciones. Tal vez aún pudieran retomar la pureza de la estirpe, la continuidad de su especie.

Se las arregló para hacerle llegar un mensaje con sus inquietudes y proyectos, sus anhelos y sus decepciones. Con grata sorpresa por su parte, recibió una misiva de vuelta en la que aquella fémica decía compartir sus ideas, y declaraba su malestar por la derrota que había tomado su pueblo en los últimos y alocados tiempos. Manifestaba también la añoranza de aquellos valles verdísimos y aquella vida comunal sosegada y pueril. Quedaron en tomar contacto dos días más tarde, regresando al pie del árbol centenario que, plantado en medio de la aldea que los vio nacer, había simbolizado en el pasado la fortaleza e impavidez de la tribu.

Las manos le temblaban y el corazón galopaba desbocadamente en su pecho la mañana en que tomó viaje de retorno al poblado, embargado por la emoción del encuen-

tro. Mucho antes de la hora prefijada para la citación, se hallaba ya entre los escombros del caserío. Pasado un rato, distinguió a lo lejos una figura que se dirigía al punto de reunión. Azorado, se ocultó detrás de los restos de un cercado de piedra. Desde allí la pudo contemplar bien cuando ella, tras mirar hacia todos los lados por ver de localizar a su misterioso convocante, se dispuso a esperar sentada bajo el árbol añoso.

Enseguida pudo distinguir en aquella mujer los peculiares atributos de su etnia: la frente prominente y despejada, las cejas hirsutas que cobijaban unos ojos pequeños y sagaces, la nariz imponente, el mentón decidido, de aspecto marcadamente...

Viril, sí, marcadamente viril. Era fea, muy fea, horrible. Permaneció en silencio tras su parapeto, mientras sentía cómo todas sus directrices morales, toda la arquitectura de sus principios vitales se venía abajo con estrépito. En los primeros instantes tuvo un conato de resistencia, y se maldijo a sí mismo por parar mientes en tales frivolidades. Volvió a mirar con disimulo por encima de la cerca. Aquella mujer parecía una bruja, un trasgo maldito arrancado de los mismos infiernos. Abandonó precipitadamente la observación, agachando de forma brusca la cabeza cuando la hembra giró la suya en dirección a su escondrijo. Sus antes tercos convencimientos continuaban desmoronándose sin remedio a la vista de tal esperpento. Estaba confuso, atribulado, desorientado.

Intentó recomponerse, recapacitar. Al fin y al cabo, él era un hombre, un solo hombre; no podía cargar con la responsabilidad de reconstruir una estirpe cuyo declive, por otra parte, no había sido culpa suya, quizá no había sido culpa de nadie. A lo mejor todo respondía a lógicas evolutivas en las que no tenía derecho a inmiscuirse. También dijo Darwin: “la inteligencia está basada en lo eficientes que las especies se vuelven al hacer las cosas que necesitan

para sobrevivir”. Si su especie no había tenido el intelecto suficiente para perdurar, quizá no mereciera perpetuarse. Si los dioses, el cosmos o lo que fuera que gobernase todo esto hubieran querido el aislamiento de las especies, la vida no habría estallado en tan prolífica variedad de ejemplares y, por otra parte, todos los animales sobre la faz de la tierra buscan aparearse con el más fuerte, con el más capaz, con el más bello, a fin de mejorar cada vez más la raza. Los tullidos, los débiles, los deformes, no podían albergar esperanzas de prosperidad; era duro, y quizá injusto, pero era así.

Confortado y justificado por la nueva filosofía que acababa de otorgarse, y amparándose en las ruinas de la aldea, se alejó subrepticamente del lugar. En su cerebro brotaban modernos principios, socorridos razonamientos hechos a medida, inéditas reflexiones que apuntalaban su decisión.

Todo, todo lo que fuera, antes de tener algo que ver con semejante adefesio.



"Guardia Civil"

Finalista

Cara de pan

Rafael GAVILÁN RUEDA

Mi horario es de 10 de la noche a 8 de la mañana. Cuando yo entro, salen los de la empresa de limpieza. Que, por cierto, no sé que tienen que limpiar en un museo provincial en el que no entra nadie. Es decir, que en esas diez horas de vigilancia nocturna estoy teóricamente solo en el edificio.

Hay una sala en la que cuelgan 8 retratos de distintas épocas y estilos. La mayoría de ellos no tienen mucho interés pero hay uno especial, que tiene vida. Se titula “La Dâme Blonde”. Es de un pintor francés desconocido llamado Serge Epervier y representa a una mujer en su esplendida madurez. Es un retrato de cuerpo entero. Ella está en mitad de un camino rodeada de un paisaje norteño: el cielo gris, el suelo brillante y las hojas de los árboles lustrosas por la lluvia recién caída. Está en escorzo, como si caminara delante de nosotros y se hubiera girado para sonreír. Es una sonrisa asombrosa, de boca grande, luminosa, con dos hoyuelos verticales en las comisuras que le hacen parecer infantil. Nos mira directamente, un punto desafiante. La mirada, entre burlona y apasionada, proviene de unos ojos oscuros y vivos que expresan, más allá de cualquier palabra, su pasión por la vida. Una nariz rotunda, de gran personalidad, completan un rostro redondo de bellísimas facciones que me fascinó desde la primera noche que iluminé el cuadro con mi linterna.

Para entretenerme en mis rondas, he ido poniendo motes a los cuadros y esculturas que me rodean. Así, por ejemplo, hay una figura de alabastro de dos jóvenes es-

palda contra espalda que se dan la mano y les he llamado “Los cursis”, a un paisaje titulado “Aldea solitaria” le he llamado “El pueblo de la abuela” y otros parecidos. Bueno, pues a “La Dâme Blonde” le llamo “Cara de Pan” y acudo a nuestra cita todas las noches, a la misma hora.

Recuerdo que era el 29 de septiembre. Después de enfundarme todos los accesorios de vigilante nocturno (Uniforme, gorra, linterna, manojos de llaves, porra...) empecé mi primera ronda de aquella noche única. Tras pasar por varias salas donde hay algunos iconos y objetos algo siniestros que brillaban a la luz de la linterna, llegué a la sala de retratos. Cara de Pan me estaba esperando, aunque yo aún no lo sabía. Esta sala tiene unos ventanales a la calle principal, que está arbolada. Me gusta apagar la linterna, ver como el viento juega con las hojas de los árboles y como la luz anaranjada de las farolas se refleja, aleatoriamente, sobre los cuadros, las paredes y el suelo. Estaba en el centro de la habitación, disfrutando del espectáculo cuando un levísimo movimiento en el retrato llamó mi atención. En un principio pensé que era un efecto de la luz de la calle, pero cuando fijé la vista en la pintura vi claramente que Cara de Pan me guiñaba un ojo. Por supuesto, pensé que había sido una ilusión óptica, pero cuando la mujer del retrato me sonrió abiertamente y los hoyuelos alargados de sus mejillas se hicieron más profundos, comprendí que algo mágico estaba pasando.

Me quedé inmóvil, petrificado, al ver como Cara de Pan se acercaba hasta el borde del marco y con un elegante salto, salía del paisaje y se movía libremente por la sala. Estiró los brazos como desperezándose y disfrutando de un espacio que la estrechez del cuadro le negaba.

-Sé que me llamas Cara de Pan. Me dijo con voz de pocos amigos.

-¿Cómo es posible? Yo no se lo he dicho a nadie. Repliqué.

-Claro, pero yo lo sé.

-¿Y no te gusta?

-Bueno, da igual. Dijo con displicencia.

Aunque parezca increíble, aquella pequeña conversación normalizó algo verdaderamente extraordinario. Estaba hablando con una pintura salida de su lienzo y todo parecía natural. Ni siquiera tuve miedo, ella era tan real que incluso olvidé de donde venía. Estaba fascinado.

-Entonces, que ¿no me vas a enseñar esto? Me dijo impaciente.

-Claro, claro, por supuesto. Ven conmigo.

En ese momento me acerqué a ella y quise cogerle la mano para que me acompañara al resto del museo. Yo esperaba que no hubiera nada, que mi mano quedaría suspendida en el aire y que la visión, ante mi intento de tener un contacto físico, se desvanecería. Sorprendentemente el tacto era real, apreté con fuerza para asegurarme de que no era un sueño. Ella también asió mi mano con firmeza y así, juntos, abandonamos la sala de retratos.

Aquella primera noche, me esforcé en enseñar el museo a Cara de Pan, pero enseguida me di cuenta de que se estaba aburriendo. Únicamente mostró verdadero interés en la sala de paisajes. Cuando el primer resplandor del día se hizo presente me pidió que le acompañara hasta su cuadro. Llegamos a la sala de retratos y tan grácilmente como había bajado de él, volvió a subir, no sin antes dejar un fugaz beso de despedida en mis sorprendidos labios. Cuando me recuperé, ella estaba otra vez en su sitio, inmóvil, en el camino con su paisaje norteño de fondo exactamente igual que si no hubiera salido nunca de su marco.

En todo caso, al día siguiente, regresé puntual a mi cita con “La Dâme Blonde”. Intenté recrear exactamente las condiciones de la noche anterior para que volviera a suceder el milagro. Apagué la linterna, me coloqué en el centro

de la sala y esperé que la luz naranja de las farolas iluminara la estancia. Cuando pensaba que ya no ocurriría, Cara de Pan salió de su encierro y se me acercó muy decidida.

-Hoy te voy a enseñar yo algo nuevo.

- ¿Algo nuevo? Aquí, ¿en el museo? Es imposible, me lo conozco al milímetro.

En esta ocasión, fue ella quien tomó mi mano y tiró de mí hacia la sala de los paisajes. Tras dudar un instante, llegamos hasta una de las pinturas más conseguidas.

Sin soltar mi mano nos elevamos un poco hasta quedar justo frente al paisaje. Cara de Pan dio un paso en el aire en dirección a la pared en la que colgaba el cuadro y yo le seguí obnubilado. Nos desvanecemos, como perdiendo materia, y unos instantes después estábamos paseando por el pueblo, dentro del lienzo. Era maravilloso. “La Dâme Blonde” sonreía encantada. Liberada durante las noches de su encierro, estaba disfrutando conmigo de cada paso que dábamos.

-Me encanta el olor a leña de estos viejos pueblos. Fíjate en el humo que sale de las chimeneas.

-Pero si estamos dentro de un cuadro.

-¿Estás seguro?

En efecto, yo ya no estaba seguro de nada. Únicamente disfrutaba cada momento con Cara de Pan como si fuera el último.

Desde entonces, noche tras noche, repetimos nuestra rutina. Visitamos todos los paisajes del museo, recorremos cada casa, cada rincón del monte y cada esquina con hierbas aromáticas que encontramos. Aún más, dentro de cada pintura entramos en lugares que el espectador no puede ver. Abrimos puertas que están cerradas, caminamos por senderos que están ocultos y, en definitiva, vivimos desde dentro lo que el resto del mundo no puede ver desde fuera.



"Bonnie y Clyde"

Cabalgando a lomos del viento

José Luis BAÑOS VEGAS

En rigor, ateniéndonos a las distintas acepciones que, sobre el vocablo «pareja», recoge el Diccionario de la lengua española, el singular vínculo que unió durante algunas semanas a Guiomar Argüelles y Ranalmira no puede considerarse de ninguna manera una relación de pareja. Pero estoy convencido de que a nadie le importará una acepción más o menos en el caso que ahora nos ocupa.

Antes de entrar en el meollo de la cuestión, es preciso mencionar que esta historia romancesca, al parecer basada en hechos reales, cayó en mis manos por mera casualidad cuando, haciendo de buen samaritano, me encontraba ayudando a un amigo anticuario a desocupar el viejo desván de una casona terracampina que, años ha, perteneció a cierta familia hidalga con mucho peculio y no menos aficiones literarias. Entre aquel *totum revolutum* hallé por casualidad, dentro de una arqueta de ajada y labrada madera, tres piezas de papel amarillento firmadas por un tal Yuşuf Benengeli, que en un breve *post scriptum* decía ser morisco que entendía la aljamía y también pariente de Cide Hamete Benengeli (autor arábigo que, como todo el mundo conoce, escribió en su jerga las aventuras del ingenioso caballero andante llamado don Quijote de la Mancha). Y como no es intención mía poner ni quitar nada de esta peculiar historia, porque, entre otras razones, carezco de ingenio para ello; escribiré al pie de la letra y sin más preámbulo lo que aquellos antiguos papeles recogían:

«Dizque en una importante villa alejada de la Corte vivía un tal Guiomar Argüelles, hombre corpulento como caballo frisón y dado, en sus ratos de solaz, a la melanco-

lía; posiblemente porque su particular oficio, «jinete de gaznates», no era de esos que dan muchas alegrías a quienes lo ejercen; puesto que lo de subirse a los hombros del reo condenado a la horca para que este tarde el mínimo tiempo en morir y, de paso, sienta todo el peso de la ley en forma de las muchas arrobos de Argüelles, incitaba más bien a la aflicción y al llanto; por muy cristiano que pueda llegar a ser el hecho de ayudar al ahorcado a sufrir lo menos posible y, con ello, apresurar su llegada al valle de Josafat para ser juzgado por Yahvé: pues juicio hay y todo saldrá en la colada.

El caso es que este «cabalgador de hombros ajenos», que frisaba en los cuarenta años y era mirado con cierta displicencia tanto por los de su condición como por los hijosdalgo de la villa donde moraba, aún no conocía ese misterioso sentimiento que llaman amor y que, como potro desbocado, herbaja a sus anchas en las escondidas praderas del corazón de las gentes hasta que alguien cree haberlo domesticado para jinetearlo como Dios le da a entender; lo que ya le había hecho perder a Argüelles toda esperanza de encontrar a la hembra que, según dicen, todos los hombres tenemos asignada por la madre Natura en este veleidoso mundo. Y eso que, todo sea dicho, un par de pretendientas de carnes prietas, senos generosos y con reputación de perdidas habían llamado con insistencia a su puerta en más de una ocasión para insinuársele antes de pasar a mayores; aunque la cosa no llegó a buen puerto porque, a la sazón, ambas terminaron achicharradas en la hoguera tras ser condenadas por harpías; unos ajusticiamientos en los que, por otra parte, él no pudo encaramarse a los hombros de las reas debido a que las llamas, al contrario que la soga, estaban reñidas con su singular oficio patibulario.

Gustaba Argüelles de pasear al atardecer por los alrededores de la villa hasta llegar a una laguna, de aguas man-

sas y verduscas, en cuya orilla sentábase tranquilamente durante no pocos minutos para distraer la mente y olvidarse por momentos de su arduo quehacer al servicio de la siempre tornadiza diosa Justicia. Cierta día, que él marcaría para siempre en el calendario del tiempo, devorador implacable de todas las cosas, su mirada se posó durante algunos minutos sobre la pequeña figura que, arrellanada como monarca en su trono, coronaba un gran pedrusco situado a su diestra mano, muy cerca de la orilla de la laguna.

Al principio, Argüelles no supo lo que verdaderamente le atrajo de ella. Quizá fuesen sus ojos saltones; o su vivaracha mirada que no se apartaba de él ni un solo segundo; o la lisa y brillante piel que cubría su cuerpo y que, dicho sea de paso, a esa distancia parecía mucho más suave que la piel de gato con que solían fabricarse las faldriqueras o bolsas de los dineros; o su pintoresca coloración verde y marrón con manchas negras y que en el vientre adquiría un tono grisáceo... Claro que todas estas consideraciones pasaron a un segundo plano desde el momento mismo en que ella, tras impulsarse con sus largas patas traseras, pegó un potente salto desde lo alto del pedrusco para caer suavemente sobre el hombro de Argüelles; hinchando a seguida su saco vocal, de igual manera que vejiga de cerdo en manos de chiquillos, para emitir un continuo croar.

Que un hombretón con arrestos como él, acostumbrado a ver dibujada la sombra de la muerte en los ojos de no pocos reos, advirtiera como un pequeño anfibio se situaba sin temor alguno en su hombro, no le pareció signo de buen agüero; pues pensó que podría tratarse del espíritu reencarnado de alguno de los ahorcados a cuyos hombros él mismo había cabalgado a horcajadas para precipitarlos hacia el más allá, que venía a reconvenirlo por no haberse esmerado lo suficiente en su jineteo y, a la postre, causarle más sufrimiento del debido mientras pendía del palo de la

horca. Pero la rana, ajena a estos pensamientos, seguía a lo suyo desde su nueva atalaya humana; sin importarle que los muchos otros anuros de la laguna no cesaran de croar (quizá con el encomiable fin de que volviese con ellos y no se arriesgara a que sus ancas fuesen arrancadas de cuajo de un momento a otro por la mano del hombre para deleite gastronómico).

Como la rana no estaba por la labor de bajarse de allí, determinó Argüelles llevarla con él a su morada, donde pronto la acomodó en el corralón que veíase lleno de hierbajos, aligustres y guijarros. Esa misma noche le dio de cenar unas cuantas moscas, arañas y cucarachas, de los ejércitos de ellas que por allí campaban a sus anchas, que él mismo había atrapado poco antes para homenajear a su nueva huésped; la cual, como agradecimiento por haberle evitado el esfuerzo de cazarlas en ese lugar desconocido para ella, no paró de croar en toda la noche. Pronto también construiría allí mismo un coqueto estanque de aguas parduscas que rodeó de piedras, y donde la inquilina de ojos saltones parecía gozar de igual manera que cochino en lodazal.

Fueron pasando las jornadas al mismo ritmo que amenguaba el temor de Argüelles a que la rana saltase las bardas del corralón para volver a la laguna de donde salió; lo que también hizo que en su mente se bosquejara la posibilidad de que ese pequeño batracio fuese, en vez del espíritu reencarnado de algún reo a quien habían ajusticiado en el palo de la horca, una joven y hermosa princesa encantada como las que solían aparecer en los entretenidos cuentos que su madre le contaba de infante. Quizá por eso, o porque la mucha soledad no es buena consejera, él comenzó a sincerarse con su compañera anfibia contándole ciertas intimidades; como que, en ocasiones, cuando él se subía a los hombros de los ahorcados, creía estar cabalgando a lomos del viento; a lo que ella respondíale con un lánguido

croar para luego saltar sobre su hombro y acurrucarse junto a su robusto cuello.

Pero el diablo, que nunca duerme y todo lo añasca, hizo que cierta tarde en que Argüelles estaba narrándole al pequeño anuro, con tono correntío y loquesco, un ahorcamiento en el que se rompió de repente la cuerda de la que colgaba el reo y hubo que repetir la ejecución, fuese escuchado por uno de los numerosos familiares del Santo Oficio (ayudantes seculares de este temible tribunal y a quienes algunos llaman a sus espaldas «matalascallando» por su clara labor delatora) que pasaba por allí camino de su cercana morada; y al que estas palabras le parecieron hartamente extrañas porque conocía de sobra que Argüelles, además de vivir solo, carecía de amistades. Al día siguiente, este fiel servidor de la Inquisición se acompañó de dos ágiles familiares que no tardaron en trepar por el tapial de adobe crudo del corralón hasta asomar la cabeza por encima de las bardas; y lo hicieron en el momento mismo en que Argüelles posaba suavemente sus labios sobre la fina piel de Ranalmira —que este era el nombre que él mismo le había puesto a la avizora rana—; animándola a seguida para que abandonara de una vez por todas su forma animal y adquiriera la humana.

De nada le valió a este denodado «jinete de gaznates» alegar con manifiesta sumisión, ante el inflexible tribunal del Santo Oficio que lo juzgó, que solo se trató de un casto beso para intentar desencantar a la joven princesa que encontrábase encerrada contra su voluntad en el cuerpo de la rana; ni tampoco aducir sus muchos y eficaces servicios patibularios prestados en aras de la Justicia. Y lo que en principio se barruntaba que sería una condena en la que el zurriago marcaría su espalda hasta dejársela en carne viva, o, a lo sumo, a cumplir en las galeras reales un par de años con el hermano de Rómulo entre sus manos para combatir al Turco; se convirtió, merced a ese tribunal eclesiástico

ante el que no osa chitar alma terrena, en pena capital después de ser acusado de herejía por abandonar el culto al Dios Todopoderoso para adorar a un batracio. Y aunque en estos casos la hoguera en Auto de fe solía ser la fiel compañera del declarado hereje impenitente, a él se le permitió morir en el palo de la horca, que tan bien conocía, después de ser relajado al brazo secular y mostrar este un atisbo de piedad.

El día señalado para su ajusticiamiento, Argüelles se mostró tranquilo ante las muchas personas de la villa y sus aledaños que acudieron a presenciarlo. Como era costumbre, el patíbulo había sido montado previamente con tabloncillos de robusta madera en la Plaza Mayor de la villa, a pocos codos de la enorme fachada plateresca de la iglesia de Nuestro Señor de la Buena Muerte. Mientras el condenado subía los doce escalones del cadalso, el verdugo, cuya gracia era Deogracias Bramante y gozaba de su amistad por haber trabajado juntos en numerosos ahorcamientos, no pudo contener las lágrimas ni tampoco dejar de maldecir, cuando le colocó la sogá alrededor del cuello para luego ajustar el nudo, la incuria de las autoridades de la villa por no haber contratado todavía a otro «jinete de gaznates» que, subido a los anchos hombros de su amigo, le ayudase a morir sin dilación.

Durante mucho tiempo hubo gentes del lugar que juraban haber visto, cuando el verdugo accionó con mano temblorosa la palanca de la horca y el corpachón del ajusticiado quedó suspendido en el aire de igual manera que el de Judas colgó de rama de higuera (por cierto, también por causa de otro beso traicionero), como una rana común saltaba desde el patíbulo hasta el hombro del ahorcado para permanecer allí sin apenas moverse y emitiendo un continuo y triste croar. Pero es menester indicar que nadie más que Argüelles distinguió, instantes antes de cerrar los ojos para siempre, a la verdadera princesa Ranalmira ya desencantada y cabalgando a lomos del viento».



"Dulzaineros"

Finalista

Una pareja de órdago

Ana Belén HERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Paralelo a la carretera discurre, entre dos filas de bancos, un solitario camino. Sentado sobre los tablones de madera de uno de ellos, controla el chico. Sus ojos van más allá de los carriles de asfalto que lo separan de su piso, se detienen, y allí permanecen fijos, atentos y vigilantes para saber quién entra en el portal. Llevaba varios días observando cuando desde ese mismo sitio lo vio doblar la esquina; ese caminar presuroso, la cabeza agachada escondiendo la cara y las manos en los bolsillos. De repente se detuvo frente a su bloque, irguió el cuello y rebuscó en el abrigo, durante unos segundos se le aceleró el pulso, hasta que en la distancia distinguió unas llaves y supo que sólo era un vecino. Desde que se mudó, todas las tardes baja a sentarse en ese banco, solo ahí se siente seguro, ignora que al anochecer la luz de la farola cae sobre él como un foco dibujando sobre la tierra un círculo, y que todo el que mire a ese solitario camino verá sentado a un crío con un libro. Eso él no lo sabe y ahora lee, acompañado del soniquete que deja la conversación entre dos grillos. La luz de la bombilla colorea de naranja las páginas y le hace recordar cuando en el pueblo, no hace mucho, se tumbaba en el prado y el sol le teñía sus ojos cerrados de un color parecido. Pero aquí no hay prados, ni amigos, ni merienda de bollos y chocolate con los primos, ni partidos de fútbol con el equipo, ni fiestas de cumpleaños a las que ir; aquí no hay nada, bueno está su madre, aunque eso es distinto.

El anciano llega con uno de esos chándales usados que lleva siempre y se sienta a su lado con la lentitud que

acompaña a todos sus movimientos. El niño ensimismado en la lectura y en sus recuerdos no parece atenderle y el otro lo llama, ¿qué pasa Chico, ya aprendiste las señas?, le dice mientras el muchacho parece absorto en el libro ¿Me estás escuchando?, insiste de nuevo; y el crío despierta, levanta su cara, despega la espalda del banco, lo mira y, en un segundo, arquea las cejas, se muerde el labio inferior y le guiña un ojo. No está mal Chico, nada mal, le dice mientras estira las piernas y se frota las rodillas.

Nunca le ha llamado Martín, porque a él ese nombre le parece más un apellido, por eso, desde que se conocieron a primeros de septiembre siempre le ha dicho Chico y a Martín le gusta, aunque nunca se lo ha confesado, porque el chico, la verdad, es poco de hablar. El viejo le pregunta si mañana tiene examen y él contesta que sí, que de verbos. Luego que si es de Lengua y el otro que ¡claro!, y al final si se lo sabe y le responde que regular. Pues con lo que hablas Chico, no creo yo que te hagan mucha falta, ¿no vas a hacer un descanso?, y él le dice que vale y cierra el libro. Entonces el anciano sonrío, recoge sus piernas, se mete con torpeza la mano en el bolsillo de la chaquetilla del chándal y le propone hacer una prueba. Saca una baraja y reparte. Lleva un mes entrenando al chico, desde que se lo encontró el día de la Virgen, sentado en el banco con los ojos pegados al frente, mirando los pisos que quedan al otro lado de la carretera. Supo enseguida que era listo, en pocos días pasó de no saber lo que era el mus, a hacer las señas sin que prácticamente se le vea. Le da cuatro cartas, mus dice Martín enseguida y desecha dos, mus repite después de recibir otras dos, y cuando va a pedir mus de nuevo el viejo estalla: ¡tanto mus, tanto mus, joder, juega Chico y ve de farol, aunque no tengas nada!, y el niño quiere gritarle que no sabe disimular, que este juego es una mierda, que se busque a otro compañero, que está harto de ese banco, que quiere volver al pueblo, que aquí no tiene

amigos, que odia el nuevo colegio, que su madre no sabe que huye de casa todas las tardes porque tiene miedo, miedo de quedarse solo en el piso cuando ella se va a trabajar, de que su padre los encuentre de nuevo y se quede a vivir con ellos. Entonces su madre dejaría de sonreír, volverían los cardenales a su cuerpo y él, otra vez, se encerraría en su habitación con la música a todo volumen y con los cascos puestos. Porque en los papeles que ella esconde en el cajón de las sábanas pone “orden de protección” y esa, es para ellos; y en el otro “orden de alejamiento”, y no es justo que sean ellos, y no su padre, los que se tienen que ir del pueblo.

El anciano repara en sus ojos brillantes, en los labios apretados, en el temblor de la barbilla y le quita las cartas. Desdobra meticulosamente el pañuelo de tela que acostumbra guardar en su bolsillo izquierdo y se seca los ojos, no porque lllore, porque el viejo nunca llora, es por la enfermedad que tiene que no puede retener el agua dentro de ellos. Luego, aunque no tiene mocos, siempre se limpia la nariz, enorme y grande como sus orejas, y cuando termina lo dobla con parsimonia sobre sus rodillas y mientras lo hace le vuelve a hablar de su nuevo amor, de la auxiliar nueva. Ahora todos los viejos, le dice, quieren comprarse zapatos de cordones, aunque a nuestra edad lo desaconsejan. Ya sabes Chico, un cordón desatado, un descuido, un mal paso y al suelo; y ¿ves?, ya te jodiste la cadera abuelo, explica levantando la voz y moviendo mucho las manos huesudas y sarmentosas que parecen colgadas de sus brazos. El chico se ríe y el viejo parlanchín también porque ya desapareció el temblor en la barbilla del niño. No sabes Chico, ni te imaginas lo que es ver a esa diosa agachada, inclinada sobre tus pies. Es la Loren de la residencia, ¡qué espetera gasta!, ¡el manjar prohibido! ¿Qué es espetera?, le interrumpe, ¡pues el busto, Chico!, le explica el otro con ojos pícaros; una buena delantera, esa que se intuye gracias

al escote a pico que llevan las auxiliares de la residencia, le dice mientras dibuja una uve bajo su cuello, ¡ya no se ven hembras como aquella!

Hace dos semanas le explicó al chico quién era esa Loren. ¡Pues Sofía Loren, la mejor actriz de todos los tiempos!, de mi quinta Chico, y también eso se lo tuvo que traducir. Probablemente ella y el mus sean lo que más me guste de este mundo, ¡una buena hembra! le dijo levantando sus ojos de hámster al cielo, nada que ver con los espaguetis con patas que os gustan ahora a vosotros. Trabajó con los mejores actores de esos años y hasta un premio en América le dieron. ¡Ay Chico!, quien fuera Marlon Brandon para poder agenciarme a esa diosa. Y entre suspiro y suspiro del anciano enamorado, Martín decidió bautizarlo como Marlon.

Lo que Marlon no cuenta es lo mal que se siente cuando la Loren entra a su habitación a ponerle un pañal y él no se cansa de repetirle, mientras se gira para facilitarle la maniobra a la mujer de sus sueños, que la culpa de que aquella noche se cayera la tuvieron esas pastillas que le daban en la cena para que no se le inflamaran los pies y que le tenían meando toda la noche con tanta urgencia que no le daba tiempo ni de agarrarse el pito y que uno ya no está para carreras, pero que ahora se las dan en el desayuno y que se guarde el pañal y deje las barandillas en su sitio. Tres meses han pasado ya desde la caída, el problema es que estos accidentes en la residencia no se perdonan, y no hay un solo día que se acueste y no vayan después a ponerle el pañal y a subirle los malditos barrotes. También calla que algunas mañanas se levanta con el pañal mojado, aunque eso ahora no importa. Lo que sí dice es que fue por culpa de esos hierros del demonio por los que no pudo levantarse rápido y ayudar a su compañero de habitación, a su pareja de mus, a su único amigo, que murió tirado en el suelo de un infarto. Y cuando Marlon se cansó de llamar

al timbre que tienen en la cabecera y se le ocurrió bajar por los pies de la cama ya era tarde. Por eso Chico, lo alentó, tenemos que ganar este año, para dedicarle la victoria al muerto, a ese condenado, esté donde esté. Y en pocos días el niño envidaba a grande al ver reyes entre sus cartas o a chica cuando tenía ases.

El anciano desdobra de nuevo el pañuelo que se ha quedado en su pierna, en una de las esquinas de la tela, escrito con rotulador permanente, aparece su número de residente. Es necesario, le dijo un día a Chico ante la sorpresa de este, muy útil para evitar errores en la lavandería de la residencia. A él ya le da igual, ya no se avergüenza de que todos sus chándales, su ropa, sus calcetines, sus pañuelos y hasta los calzoncillos estén marcados con el 490. Y el niño sabe que el papel que su madre esconde tiene, también en la esquina de la derecha, un número escrito con boli dentro de un sello de tinta, ¡ojalá fuera el suyo otro 490! Escúchame Chico, esta vida reparte rondas de mierda, pero si esperas a que te den cartas buenas, la partida se acaba y tú no juegas. Martín se queda con los ojos entrecerrados, pensativo, intentando sacar de todo eso una moraleja, porque él tuvo hace una semana examen de refranes y fábulas y, aunque aquí no hay animales, algo le dice que en esas palabras hay algo más que un consejo.

El muchacho mira el reloj, su madre llegará a casa en media hora, pasado mañana es el gran día. Marlon, lo llama Chico cuando están de pie, pero no dice nada; Marlon, repite, y no sabe como seguir. Uno frente al otro, parados mirándose a la cara y cuando el chico va a hablar, el anciano lo abraza como hace mucho tiempo nadie lo abrazaba. Cuando se separan, Marlon le dice que se quedará para pasear un poco, como todas las tardes, serán solo unos minutos. Entonces hace lo de siempre, mira al bloque de enfrente, cuenta las filas de ventanas, se detiene en la quinta, espera a que se ilumine la que queda más a la de-

recha y, segundos después, cuando imagina que Martín ha cerrado ya la puerta, se marcha a la residencia.

Una mano de once años y otra de ochenta levantan con orgullo el trofeo. En la base de la copa una placa metálica inmortaliza el nombre de los ganadores del III Campeonato Anual de Mus: Marlon y Chico. La madre de Martín no deja de aplaudir, siente admiración por ese anciano desgarrado de más de metro ochenta que hace tres semanas se presentó en su casa haciéndose llamar Marlon, aunque su nombre sea Baudilio. Sobre el escenario sonrían los dos. En los ojos del anciano, el orgullo de la victoria; en los de Martín, un esbozo de valentía. Marlon emocionado y encorvado, Chico alegre y erguido. El público los ovaciona y ellos se preparan para la foto, pero antes Chico saca un pañuelo de papel de su bolsillo y se lo ofrece al anciano porque hoy Marlon no puede contenerse más.



"Monjas"

Finalista

La boca del león

Raquel POLO GRAÑA

Desde que vio por primera vez un par de grabados de la colección Verbena, todos los días, al salir del trabajo, cambiaba el camino más directo a su casa por otro que le permitiese pasar por delante de la tienda de enmarcación de cuadros. Albergaba la esperanza de volver a encontrar alguna nueva obra de la misma autora. A esas horas la tienda nunca estaba abierta, pero aquel lunes de otoño tenía además el cierre echado. No era lo habitual. Pronto vio una pequeña esquila en la puerta: un tal Antonio Martín, de 68 años, acababa de fallecer. Imaginó que se trataría del padre del joven que la había atendido dos años antes, cuando llevó a enmarcar una camiseta del Real Valladolid firmada para regalársela a su hermano. Fue el día en que descubrió los dos aguafuertes de la colección Verbena y se quedó prendada al instante de aquel universo colorido y optimista poblado de seres libres y felices. Sin tan siquiera interesarse por el autor preguntó su precio y el joven mostró una amplia sonrisa.

—Ya están vendidos —respondió—. Son de un cliente que me permite exponerlos hasta que los venga a recoger. Pero, probablemente, más adelante traiga más obras de Marina Anaya y, si te gustan, puedo enmarcartelas como quieras.

Dos años llevaba Ruth esperando que aquello sucediese. Por eso, cuando miró el escaparate, casi no podía creer que allí hubiera de nuevo otro par de grabados de la misma artista. Reconoció su trabajo enseguida. Esta vez se trataba de dos ejemplares de la colección Circo: la sonriente Funambulista con su paraguas y el osado Domador

con la cabeza metida en la boca de un león. Ruth acababa de romper con su novio y aún estaba decorando la habitación del piso compartido al que se había mudado, por eso pensó que poner la imagen de una mujer independiente y feliz sería lo más oportuno. Cayó en la cuenta de que había olvidado el nombre de la autora y, a pesar de que invirtió un buen rato intentándolo, no logró deducirlo de su firma. Decidió que ese mismo martes se acercaría para comprar la Funambulista y preguntarlo.

Pero el martes la tienda seguía cerrada y así permaneció toda la semana. Ningún nuevo cartel avisaba de su próxima apertura. Y según iban pasando los días más le iba gustando a Ruth la Funambulista y más egoísta se sentía por esperar que el joven abandonase pronto su duelo. Por fin, el sábado por la mañana se cumplieron sus deseos. El chico tenía los ojos enrojecidos pero no perdió su sonrisa cuando Ruth le dio el pésame.

—Es ley de vida, solo que uno nunca está preparado para estas cosas... Pero sé por qué has venido —dijo el joven señalando los grabados—. Me acordé de ti cuando los compré; tengo la colección entera, por si te interesa. —Sin dejar que Ruth le contestase se metió en la trastienda; regresó con una carpeta y añadió—: Enmarqué esos dos, pero mira, también están el Mago, la Contorsionista, el Hombre bala —los iba nombrando despacio, según iba pasando las láminas—, el Forzudo, el Lanzador de cuchillos y el Payaso. Son series de 75 ejemplares y 7 pruebas de autor, verdaderas obras de arte, y tienen un buen precio.

Ruth volvió a revisar las láminas y se detuvo en el Mago mientras el joven la miraba fijamente.

—Me interesa la Funambulista del escaparate —explicó al cabo de unos segundos—. ¿Cuánto cuesta?

—Verás, eso depende del marco que le quieras poner; la lámina sola vale 145 euros y a eso hay que sumarle el

enmarcado. El que lleva es uno de los más caros pero podríamos buscar otras opciones.

—Me gusta tal como está, ese marco le queda muy bien. ¿Puedo pagar con tarjeta?

Y esa misma mañana Ruth colgó la Funambulista en su habitación. Estaba tan contenta con su nueva adquisición que tardó varias horas en percatarse de que no había preguntado el nombre de la autora. Cuando quiso acercarse de nuevo a la tienda ya había cerrado; tendría que esperar al lunes.

El sábado Ruth no salió por la noche con sus amigas como solía hacer desde que rompió con su novio. Entre semana, con el trabajo, apenas le daba tiempo de estudiar y los exámenes de oposición los tenía casi encima. Sus dos compañeras de piso se habían marchado a sus respectivos pueblos y la casa estaba más tranquila que de costumbre. Se alegró de tener allí la Funambulista. Con su paraguas naranja y faldita a juego mantenía, sin esfuerzo aparente, el equilibrio sobre la cuerda. Bajo la luz de la lámpara de estudio le pareció de pronto un poco triste y su sonrisa adquirió un tono inquietante. Ruth pensó en lo difícil que era conservar el equilibrio en la vida sin perder nunca la sonrisa. Entonces recordó los ojos del joven de la tienda y cómo había seguido sonriendo al hablar de su padre. No era un chico guapo pero sí bastante atractivo, y se sorprendió al darse cuenta de que hacía varios días que no se acordaba de su antiguo novio. «¿Qué tal es ese chico? ¿Me lo recomiendas?», le preguntó a la Funambulista en su pensamiento.

El domingo se despertó sobresaltada por una pesadilla: la Funambulista había cobrado vida y lloraba desconsolada. Cuando Ruth se acercó a preguntarle qué le sucedía ella la agarró fuertemente del pelo y comenzó a gritarle que la había dejado sin pareja. Al levantarse, el sol todavía no había entrado en la habitación y la Funambulista estaba

en la penumbra. Encontró que su sonrisa se había vuelto tenebrosa y se acordó de su sueño. «Ay, guapa», pensó, «¡menuda novecita me has hecho pasar!».

El lunes, en el descanso del café, se acercó de nuevo a la tienda.

—¿Vienes a por el Domador? —fue el recibimiento del joven. Ruth rio.

—Vengo a preguntarte el nombre de la autora, que se me olvidó el otro día.

—Ah, es Marina Anaya, una artista emergente muy interesante; has hecho una buena compra, a lo mejor con el tiempo se revaloriza.

—¿Quieres decir que quizá ese cuadro me pague la jubilación? —preguntó Ruth divertida.

—Nunca se sabe —respondió él—. Por cierto, yo me llamo Antonio.

—Y yo Ruth. Encantada.

Se dieron dos besos y se hizo un silencio incómodo.

—¿Le gustó a tu hermano cómo quedó aquella camiseta?

—¡Claro que sí, dijo que era el mejor regalo que le habían hecho nunca! Tengo que irme. Le preguntaré a mi Funambulista si echa de menos el Domador porque desde que la compré la veo un poco rara, tan sola.

Por la tarde, antes de ponerse a estudiar, Ruth buscó el nombre de la autora en internet. Un escalofrío le recorrió la espalda al descubrir que llevaba unas rastas y unas gafas como las suyas. Se parecían muchísimo. «Vaya», pensó, «es posible que a la Funambulista le falte un compañero, pero no se podrá decir que ahora a su creadora». Se acostó pronto y esa noche soñó con Antonio metiendo la cabeza en las fauces de un león.

Al día siguiente volvió a la tienda y, al mirar el escaparate, un detalle del Domador atrajo su atención de inmediato: la boca del león era enorme; le pareció imposible

no haber reparado antes en ello. «Juraría que le ha crecido de ayer a hoy», pensó mientras cruzaba la puerta.

—¿Qué te contestó la Funambulista? —le preguntó esta vez Antonio.

—Dijo que no estaba muy segura de si le gustaba más el Domador o el Mago.

El joven soltó una carcajada y desapareció en la trastienda regresando con la lámina del Mago.

—Veamos, ¿en serio te parece más interesante un tipo que, en cuanto uno se descuida, se saca unas cartas de la manga, que un chico capaz de meter la cabeza en la tremenda boca de un león? ¡La Funambulista y el Domador arriesgan su vida en cada número! Nada que ver con lo que hace el Mago pero, si te gusta más el Mago, te lo puedo enmarcar a juego con la Funambulista.

—Es un buen argumento —aseguró Ruth—, aunque tengo que pensármelo. A todo esto, ¿sabes que ayer busqué a Marina Anaya en internet?

—Verías entonces que es clavadita a ti.

—¡Sí, somos casi iguales!

—Eso pensé la primera vez que entraste en esta tienda con aquella camiseta para enmarcar. Por un momento creí que Marina Anaya en persona venía a darme una sorpresa, pero no, claro, tú eres Ruth.

—¿Decepcionado?

—No, en absoluto; me pareció muy divertido que una chica tan semejante a ella se interesase por su obra sin preguntar ni siquiera su nombre. En cuanto me llegó la colección Circo supuse que te volvería a ver por la tienda y, es curioso: no tuve dudas en enmarcar la Funambulista pero sí muchas entre el Domador y el Mago. Al final tuve que arriesgarme —comentó el joven con un guiño.

—La verdad es que la Funambulista y el Domador quedaban muy bien juntos —admitió Ruth—. El Mago es muy simpático pero es probable que tenga su propia ayu-

dante por ahí escondida; viéndolo hoy no acabo de imaginarlo como pareja de la Funambulista. Además anoche soñé con el león y estoy de acuerdo contigo: su boca es bastante más peligrosa que un truco de cartas.

Antonio sonrió con la mirada y se guardó para sí que él había soñado, dos años antes, con la chica que le había llevado la camiseta para enmarcar caminando sobre un puente. Sostenía un paraguas naranja a juego con su minifalda y pisaba las juntas de los adoquines como si fuesen la cuerda de una equilibrista. Poco tiempo después de este sueño Marina Anaya creó la colección Circo y Antonio parpadeó dos veces al ver la Funambulista.

—Bueno, me tengo que ir. No tenía previsto gastarme tanto dinero este mes pero lo pensaré y quizá vuelva esta tarde para llevarme el Domador —dijo Ruth—. ¡Eso si el león no se lo ha comido antes! —añadió riendo.

—Siempre podrías llevarte el Payaso —bromeó Antonio.

—Cierto, aunque no sé cómo se lo explicaría a la Funambulista. ¿A qué hora cierras?

—A las 8 y media. Pero incluso si decides no comprarlo vente y te invito a cenar.

Ruth se entretuvo todavía un rato mirando el aguafuerte del escaparate e imaginó que quedaría muy bonito en su habitación al lado de la Funambulista. Luego pensó que también ella quedaría muy bien cenando aquella noche con Antonio. Le observó desde fuera de la tienda envolver un óleo con mucho cuidado. Le gustó la delicadeza con que hacía su trabajo, como si el tiempo no existiera. Sin duda era una persona paciente y detallista. Entonces una mujer entró en la tienda y, señalando el Domador, inició una conversación con el joven. Ruth temió que se le adelantase comprando el cuadro y volvió a abrir la puerta.

—Perdón —se disculpó por la interrupción—. ¿Me lo podrías reservar para esta tarde?

—Hecho —contestó Antonio mostrando su puño con el pulgar erguido. A continuación dirigió un gesto de desolación a la nueva cliente. «¡Por poco!», pensó Ruth aliviada. Aún tuvo tiempo de ver cómo, a cambio, ofrecía a la mujer la lámina del Mago.

Ruth pasó el resto de la mañana distraída intentando decidir qué ropa se pondría para cenar con Antonio. Por la tarde, al llegar a casa, el sol iluminaba la pared donde había colgado el grabado y advirtió que la Funambulista había recuperado su espléndida sonrisa.



"Toreros"

Adivinos del amor

José Ángel CASAS BARRIGÓN

Vienes a preguntarme por tu abuelo pensando que quizás se fugó conmigo, pero te has equivocado. Lo siento. Supongo que no ha sido fácil encontrarme y dar con este apartamento, porque vueltas he dado muchas en la vida y en el mundo. Pero siéntate por favor, creo que necesitas escuchar la historia con calma. Los jóvenes de ahora no tenéis paciencia con esas redes sociales en las que sólo hay imágenes sin apenas textos que expliquen las cosas e inviten a pensar.

Mucho han cambiado los tiempos. Será cosa de viejos, pero creo que la fuerza de las amistades de entonces nada tiene que ver con la que tienen los niños y jóvenes de ahora. Para que lo entiendas bien, entonces, ver pasar un coche por el pueblo era como un día de fiesta. Tu abuelo, yo y el resto de niños, salíamos de nuestras casas o de la escuela para verlo pasar y la emoción nos duraba todo el día. Es lo que tenía la vida de antes en los pueblos, cualquier cosa que viniera de lejos, de la ciudad, que nos sacara de la rutina del campo era un acontecimiento.

La escuela era una única aula en la que nos juntábamos niños y adolescentes de diferentes edades, así que imagínate la profesora el caos para enseñarnos a todos. Por eso tu abuelo y yo, a pesar de sacarnos dos años, nos sentábamos juntos en el mismo pupitre. Apenas teníamos juguetes, y tampoco, claro está, ni ordenadores ni teléfonos. Quiero pensar que la imaginación era más necesaria y más poderosa y también nos hizo más felices.

Por eso tu abuelo y yo fuimos amigos desde niños, por la imaginación. Cosas como dibujar las formas de las nubes en la tierra como si fuera el espejo del cielo, unir dos char-

cos a través de un canal hecho con un simple palo y ponerles nombres de océanos, inventarnos juegos de naipes inentendibles para los adultos o rodar abrazados los dos por la pendiente del teso, nos entretenían los momentos que la vida dura del campo nos prestaba para jugar.

El caso es que nos compenetrábamos muy bien y esa amistad infantil que en la mayoría de los casos se pierde según uno va creciendo, y más entre una chica y un chico, no menguó sino que se agrandó. Gracias a Dios seguimos compartiendo momentos en la adolescencia y en la primera juventud, sobre todo en aquellos bailes que los días festivos se celebraban en la plaza, o en la casa del concejo en tiempo de invierno.

Y luego llegó el momento en que una carta lejana arrancó a tu abuelo del pequeño universo en el que nos habíamos criado. Le tocaba hacer el servicio militar que entonces duraba dos años y además con los Pirineos como destino. Un mes antes de su marcha, en la fiesta del pueblo, me propuso un juego. Otra vez su imaginación había echado a volar. Consistía en observar durante todo el día detenidamente a mozos y mozas, mientras bailaban y charlaban entre ellos. Y luego a la noche, cada uno en su casa escribiría en un papel tres parejas que a nuestro entender terminarían siéndolo en el futuro.

Aquella tarde fue especial. Los ojos inquietos de tu abuelo observando los movimientos, a veces pavoneados, de los mozos y las miradas y expresiones jocosas de las mozas, que alternaba con destellos de sonrisas y guiños hacia mí, con sigilosas indicaciones hacia unos y otras sospechando futuras parejas.

Y a mí me hizo mucha gracia al principio y pensé que estaba de broma, pero luego él se acercaba y me decía cosas como “Luis y Aurora fijo que sí” o “Fíjate en Carmen, bebe los vientos por Domingo” y se marchaba otra vez con los mozos, o sacaba a bailar a alguna de sus primas. Poco a

poco, divertida y curiosa, entré en su juego y como un detective miraba de reojo, buscando algún indicio de futuras parejas. Algunas ya estaban ennoviadas y esas no valían claro.

Y después, por la noche, a la luz de un candil en la cocina, escribí los nombres. Me reí, porque la primera pareja que me vino a la cabeza fue la de Luis y Aurora. Era tan evidente... Luego estuve unos minutos pensativa recordando todo lo acontecido durante el día y por primera vez a tu abuelo lo vi como un hombre y no como un amigo de la infancia.

Al día siguiente, tu abuelo y yo nos intercambiamos el papel y nos reímos con las respuestas. ¡No hijo no! no escribí su nombre y el mío. Qué vergüenza si lo hubiera leído tu abuelo. Él tampoco lo hizo. Después me dijo que guardara los papeles y que cuando volviera de la mili comprobaríamos cuántos habíamos acertado.

Antes de despedirse me confesó que la Antonia le había cuchicheado mientras bailaban que lo esperaría los años de mili si él así lo deseaba. Y fue escucharlo y me cortó la respiración y la risa que todavía corría por mis entrañas. Me moría por saber la respuesta que tu abuelo le había dado pero no me atreví a preguntar. Y tu abuelo, que me conocía bien de tantos años, terminó riéndose y me contestó con otra pregunta: “¿No has visto que a la Antonia la he emparejado con tu primo Félix?”

Qué tonta. Creo que tu abuelo se dio cuenta de mis sentimientos. Luego guardé los dos trozos de papel en el bolsillo del mandil. Un escondite temporal antes de esconderlos en una de las rendijas de una pared de piedra en la parte más oscura de la cuadra, porque en casa de mis padres dormía con mi hermana en una habitación pequeña en la que no cabían secretos. Y una cómoda de dos cajones, un armario de un cuerpo entero y un baúl, junto a que mi madre baldeaba la casa a diario concienzudamente, no eran

tampoco escondrijos de garantía.

A finales de septiembre tu abuelo se incorporó a filas y en noviembre mi tío que había emigrado de joven a Madrid me consiguió un trabajo de criada en una casa. Y así a tu abuelo y a mí nos desterraron de nuestro universo, sin escafandra ni nada para adaptarnos, cada uno por su lado, para descubrir que el mundo era muy grande y muy distinto y que se pueden esconder esos secretos que el pueblo no permitía.

Mi historia no te interesa, sólo te diré que los señores a los que fui a servir eran muy buenos, y fueron el trampolín que me llevó a recorrer mundo y a vivir una vida plena. Pero antes de eso y como he dicho antes, vi a tu abuelo en navidades y después en los meses siguientes pensé que ese hilo que nos había unido siempre se había roto de tanta distancia que nos separaba, pero estaba confundida. Lo echaba mucho de menos. Y él también sentía lo mismo porque empezó a escribirme cartas cada semana. Nunca leí ni intuí palabras de amor en sus letras. Siempre comenzaba las cartas explicando lo mal que lo estaba pasando en la mili, que apenas tenía un par de amigos allí, y luego, seguramente para olvidarse del asunto terminaba escribiendo anécdotas y recuerdos del pueblo que tanto añoraba.

En una de mis cartas me atreví a dar un paso más. Le recordé el juego de las parejas y le propuse enviarnos una carta a la vez, el mismo día. La echaríamos al buzón el último día del mes. Era abril si mal no recuerdo. La carta sería simple: escribir nuestro nombre y la persona de aquel baile con la que nos hubiera gustado emparejarnos. Él aceptó.

Aquellos días después de enviar la carta fueron de muchos nervios. Pensaba y repensaba en qué escribiría tu abuelo. El nombre de Antonia rondaba mi cabeza constantemente. En mi carta mi nombre iba junto al suyo en una letra redonda y grande. En la “o” final de su nombre dibujé dos ojos y una sonrisa. Aquellos primeros meses en Ma-

drid, y aquellos días de espera en concreto, me hicieron pensar mucho y llegar a la conclusión de que estaba enamorada de tu abuelo.

Y luego llegó la carta... Y nunca podré olvidar lo que escribió tu abuelo: “de aquel baile no me gustaba ninguno” decía. Aquello fue impactante. Imagínate. No sólo porque no fuera correspondida, que entendía que podía pasar, sino por su última palabra, su última letra... Aquella “o” no llevaba una cara, pero es como si le hubiera dibujado dos ojos y una boca triste. ¿Lo entiendes hijo? Y me pregunté si se habría equivocado o si lo había hecho adrede para que me diera cuenta, o quizás simplemente lo escribió sincero pensando que yo sabía su secreto.

Ni él ni yo escribimos en un tiempo. Yo al menos me sentí aliviada de haber mostrado mis sentimientos. Luego nos vimos en las fiestas del pueblo y en las navidades siguientes. Y actuamos como si no hubiera pasado nada. Y cuando acabó la mili volvió al pueblo y recuperó la vida de entonces, lo que le permitía el ajetreo de la vida adulta y del campo, claro. Se casó con una prima lejana de un pueblo vecino. Bueno eso ya lo sabes. Pero te juro que si lo hizo fue por el qué dirán. Y si tuvo una hija supongo que también y porque le encantaban los niños y necesitaba de esa imaginación que a ellos les fluye como un torrente, sin necesidad de forzar.

Lo sé porque terminó confesándome todo aquello, porque volvimos a retomar nuestra correspondencia, aunque fuera un poco a cuentagotas. Él me contaba del devenir del pueblo y las vidas de sus gentes y yo de los lugares que visitaba. La última carta que recibí fue para decirme que se iba de casa, que quería rehacer su vida con un antiguo compañero de la mili.

Cambiaba de vida. Se fugaba. Por fin había dado el paso. Creo que la llegada de la democracia le ayudó a darlo. El pueblo y ese universo sin secretos también se le había

quedado pequeño. Y no es una crítica. Gracias a nuestro pueblo, a ese pequeño cosmos, coincidimos dos almas gemelas que seguramente en una gran ciudad ni se hubieran mirado a la cara.

Todo lo que te cuento es cierto. Mira aquí tengo los papeles que escribimos aquel día cuando jugamos a ser adivinos del amor. Tu abuelo acertó las tres parejas que escribió. Quiero que te los quedes tú, que tengas su recuerdo y que... bueno no te conozco, pero te deseo que no pierdas nunca la imaginación, por nada ni nadie. Seguramente entiendes lo de tu abuelo, en eso, ves, estos tiempos sí son mejores. Espero también que tu madre, que será por quien has hecho todo este esfuerzo, lo comprenda todo y lo llegue a perdonar.

Ahora déjame ver esos ojos de cerca.

Son calcados a los de tu abuelo.



"Monaguillos"

Vivos sin dueño

Laly DEL BLANCO TEJERINA

A buenas horas vienen éstos! Preguntan por un tal Sebas que vivía al otro lado del pueblo. Dicen que son nietos. Estos jóvenes piensan que pueden abandonarnos a nuestra suerte y volver después de años preguntando por unos y por otros, olvidando que ya éramos viejos cuando nos dejaron solos. Ya les dije que por aquí no hay ningún Sebas, que en este pueblo sólo malvivimos nosotros.

Después tiraron calleja abajo, mirando de reojo los caserones, como temiendo que los fantasmas de sus dueños fueran a asomar por las ventanas. Estoy por decirles que busquen en el fondo del barranco, que he visto restos de huesos allá abajo, así tendrán algo que meter bajo tierra. Con esta gente lo tengo comprobado, si no entierran a alguien no se van de una vez para siempre. Bueno, para siempre se fueron hace mucho tiempo, ellos mismos se convirtieron en forasteros. Sólo los pájaros se quedaron con nosotros.

Al principio fue más llevadero, con Ramona y Lorenzo. Los tres nos valíamos todavía, dolían las ausencias eso sí, pero dolía más el olvido. Procurábamos no hablarlo, aunque en el fondo nos lo decíamos callados, que a veces, el silencio alrededor de una lumbre une más que las palabras.

A decir verdad, sentí más la falta de Lorenzo y Ramona que la marcha del hijo. Fueron muchos fríos juntos, compartiendo soledades y callando penas. Nosotros hilvanando recuerdos, Ramona tejiendo, escuchando y haciendo un café de puchero con aquel orujo que resucitaba a un

muerto. ¡Ay, Lorenzo y Ramona, qué buenos vecinos fueron y qué grande me hicieron la noche, al irse!

Ahora los forasteros tiraron monte arriba. Hasta el perro anda nervioso, le gusta tan poco como a mí que anden extraños por el pueblo. Pues cuanto más lo pienso, mejor idea me parece mandarlos al barranco a por los huesos. Son de la pobre Ramona, pero a mí ya no me dan estas malditas piernas para bajar a recogerlos. Eso sí que me ha costado lágrimas. Recuerdo el día que la eché en falta, revisé todo el pueblo, casa por casa. Recorrí cien veces la orilla del río, arriba y abajo, busqué en cada huerta, en cada zanja hasta que vi la osamenta allá abajo. Uno ya es demasiado viejo y demasiado sabio para confundir los huesos y aquel cráneo... era humano. Aquel mismo día hice la mudanza. Ramona se hubiera alegrado de que me instalara aquí, en su casa. Sería un desperdicio dejar abandonada una casa sin goteras, que los inviernos son recios, uno ya no está para andar retejando y la casa de Los Sauces siempre fue la mejor del pueblo.

Aquellos meses, tras la desgracia de Ramona, sí que fueron malos y, por una vez, parece que los santos se apiadaron de uno y apareció Sabina.

Llegó de allá, del otro lado del valle en busca de una oveja extraviada. Pasó aquí la noche a resguardo del aguacero, que tiempo tendríamos de buscarla a la luz del día, aunque de poco sirvió porque no dimos con ella, ni viva ni muerta. Fue la única vez en mi vida que di gracias al cielo porque llovió a cántaros durante días. No sé cuándo escampó, no quise enterarme para no verla marchar sendero arriba y no salir gritando tras ella que volviera, que me hacía falta para seguir vivo. Que yo la compraría las ovejas del mundo entero. Que no era cosa de amores, sólo necesitaba su compañía.

Entonces sí que supe lo que es estar muerto. No sé el tiempo que estuve aquí sentado mirando al aire, sujetando

la vida contra esta pared porque no podía con ella. La soledad era tan atroz que pensé que en ella se escondía la muerte. A veces oía al perro ladrando en el portal, siempre le asustó el viento, y me sacaba de la inconsciencia. Fue en una de éstas cuando vi una imagen bajando la barranquera que se hace entre esos dos montes. El otoño ya andaba terciado, el cierzo ya había desnudado los chopos y se metía en los huesos. Entré corriendo a la cocina y avivé el fuego por si era Sabina y traía frío. Después recé por primera vez en mi vida para que se abriera la puerta y entrara ella.

«He pensado que mejor paso aquí el invierno, que el otro lado el valle es más frío»

Con esa sencillez entró Sabina en la cocina y en mi vida, aunque la calma duró sólo un momento. Pronto se convirtió en un torbellino que lo mismo ponía colchas en las camas que visillos en las ventanas o vareaba la lana del viejo colchón debajo del manzano mientras tarareaba nanas, sabe Dios a qué hijo, tan descastado como el mío.

Fueron muchos despertares juntos y muchos andares por estos caminos. Días y noches de charla y silencios, pegados a la lumbre, con el viento golpeando el cuarterón y la nieve acostada entre las casas, mientras mirábamos abortos el mismo punto, la misma llama, como si allí las tristezas fueran sólo una y se quemaran juntas. ¡Cuánto temí el momento en que la primavera acechara tras las peñas y el invierno se la llevara! Pero para entonces, su soledad ya había echado raíces en la mía y un día por otro, se fue quedando hasta que al final, se la olvidó marchar y nunca más se habló del asunto. Y Sabina llenó al mismo tiempo la huerta de acacias, el balcón de geranios y hortensias y el agujero que Ramona y Lorenzo me habían dejado allá adentro mientras los inviernos pasaban por ese trozo de cielo que abarca la ventana de la cocina.

Pues nada, a ver si vuelven los forasteros del monte y les mando a buscar los restos de Ramona al barranco. Es triste tener que aprovechar estas visitas para enterrar a los muertos y una suerte que no les miren ni a la cara, que ya con Lorenzo pasó lo mismo... Fue el año de la nevadona que nos tuvo aislados un par de meses. Al vivir al otro lado del reguero, no pudimos espalar hasta allí y no supimos de él en semanas. Lo sacaron los primeros forasteros que llegaron, allá por primavera. Aquéllos no recuerdo a quien venían buscando, pero al que teníamos que enterrar era a Lorenzo y lo encontraron bajo la nieve, siguiendo las instrucciones de Ramona. Ahí anduvo lista, la jodía. Dijeron que lo veían extraño, que sería por estar congelado, pero así mismo lo enterraron sin apreciar que aquel puñado de huesos y piel arrugada no era su padre.

Lo dicho, a éstos con que les des algo que meter bajo tierra, les vale. Recuerdo que vinieron a pedirme la llave de la Iglesia. Hasta palancas usaron para que aquella puerta se moviera. Los hierbajos crecían entre las tablas del suelo, la pila bautismal era un nido de ratones y los murciélagos anidaban en las vigas, encorvadas por la humedad y el peso del tiempo. Después quisieron ver el cementerio, que hasta el camino tuve que indicarles. Y para hacer ver que le tenían respeto, se empeñaron en meterlo por la puerta. ¿Para qué querrían abrir la puerta estando las paredes en el suelo? Estuvieron horas haciendo sitio entre los brezos y las zarzas que cubrían las tumbas, dando una segunda sepultura a los difuntos. Y es que aquí nadie vuelve a visitar a sus muertos. Nos abandonan y después vienen a enterrarnos para olvidarnos de nuevo.

Sólo Sabina me ha querido de vivo.

Ahora que ya sobrevivimos juntos al cerezal de la iglesia y al chopo de la cigüeña, me basta con ver cada día sus

ires y venires de la casa al corral y del huerto a la alberca, oír el trasteo de cacharros que se trae siempre en la cocina y verla venir de los huertos con el cesto bajo el brazo, las alpargatas rotas y el vestido verde, que tan bien la sienta. Porque, aunque ya andará por los setenta, mira que está guapa y ¡con qué salero anda!

¿Para qué quiero yo ahora que nadie me busque? ¿Qué falta me hacen los que me olvidaron hace décadas?

Sabina y él hace años que no necesitan a nadie. Están reconciliados con la vida, sin dramas ni lágrimas, porque sus soledades ya sólo son un recuerdo dormido en las galerías del alma. Ya no hay rencores hacia sus hijos por sus abandonos. Les basta con las patatas del huerto, la leña del monte y que un brote nuevo del manzano busque el cielo. Les sobra con que otro verano empuje al otoño y éste se esconda cuando el viento de otro invierno muerda las tapias. Dejan que la vida pasee lentamente a su alrededor mientras ella se peina las canas al sol y él la observa silbando quedamente. Y cuando se apaga el cielo, se deslizan sueño abajo sin más preocupación que despertarse juntos y vivos. Ahora el perro ladra a la luna, tranquilo, porque todo está en su sitio.

Mira, ya llegan los del monte. Está decidido. Por fin, Ramona descansará en Camposanto.

«Señores, estoy pensando que ese tal Sebas que buscan... he visto restos humanos en el fondo del barranco...»

Y mientras sus nietos se alejan, Sebas entra en casa con una sonrisa en la cara porque hace rato que Sabina está refunfuñando, que se enfrían las sopas de ajo.

«¿Pero a ti hoy qué te pasa, que llevas todo el día cavilando?». Él sonríe, como única respuesta.

Está satisfecho de haber regalado su funeral a Ramona, es la última ocasión para hacerlo. Aquí no volverá nadie

preguntando por nadie, porque Sabina llegó del otro lado del valle y a él acaban de darlo por muerto. Además ¿Para qué quiere él unos nietos que no han reconocido ni a su propio abuelo? Ya son vivos sin dueño.

Sabina no sabrá nunca que hoy Sebas ha elegido quedarse con ella para siempre.

